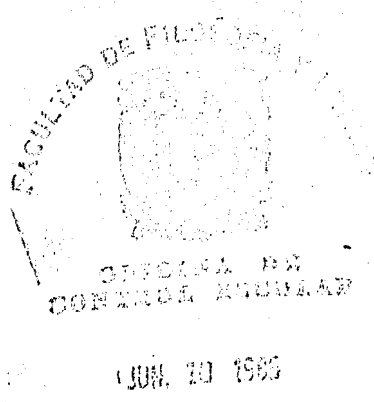


33
2 ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

RAMON LOPEZ VELARDE: UNA LECTURA CRITICA



T E S I S
que para obtener el título de
LICENCIADO EN LENGUA Y
LITERATURA HISPANICAS

p r e s e n t a:

Francisco Torres Córdova



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

indice

nota introductoria	3
la lectura: experiencia y crítica literarias	6
el espacio interior: la casa y la iglesia	18
la tierra o la ambigüedad enamorada	58
la palabra: compromiso y salvación	80
bibliografía	93

nota introductoria

La lectura de la obra de Gastón Bachelard sobre la imaginación poética aunada a un viejo y vigente entusiasmo por la obra de Ramón López Velarde, despertó en mí el interés de realizar el presente trabajo. Sin embargo, no sólo fueron sus estudios sobre la psicología de la -- imaginación material y La poética del espacio los que me proporcionaban un instrumento de análisis literario -- o una alternativa para comprender el fenómeno de la obra poética. A lo largo de sus libros, disperso pero bien -- definido, encontré un concepto de crítica literaria que -- me entusiasmó, y un lector de poesía sabio y lleno de -- frescura que estimuló mi deseo de seguir sus pasos en la medida de mis posibilidades como lector de Ramón López -- Velarde. Así, más que un estudio detallado que se pro -- ponga explicar la obra de nuestro poeta, el presente tra -- bajo bien puede tomarse como una lectura en voz alta de -- su poesía y su prosa, guiada siempre por las enseñanzas -- de Gastón Bachelard.

Por esto el primer capítulo está formado por una -- reflexión sobre la relación entre la obra poética y su -- lector. Se busca en él postular la experiencia de la -- lectura como un punto de arranque para la crítica litera -- ria a pesar de su evidente subjetividad. La presencia de esa experiencia de lector quiere ser patente a lo largo -- de todo mi trabajo aún y cuando en el segundo y tercer -- capítulos, a partir de los estudios de Bachelard, me pro --

ponga descubrir las imágenes del espacio y la materia en la obra de López Velarde. El descubrimiento de esas imágenes primitivas, como las llama Bachelard, pone en relieve la dinámica de la imaginación del poeta y permite un acercamiento no causal sino fenomenológico a los elementos esenciales que animan toda su obra, además de que proporciona, siempre a partir de la experiencia de la lectura, una plataforma -- para su comprensión global. Así, el segundo capítulo está dedicado a las imágenes de la casa y la iglesia y el tercero a las imágenes de la tierra, como valores esenciales en la imaginación de López Velarde. En ellas es palpable la ambigüedad que estimuló y atormentó su espíritu durante toda su vida. El cuarto capítulo finalmente busca mostrar la importancia de esas imágenes primitivas en la conformación del mundo del poeta y desde ahí atender a la más pura expresión de su experiencia no sólo literaria sino también vital. Se trata de mostrar su doble compromiso: el que nunca lo aparta de su mundo tanto en la imagen como en la realidad, y el de la palabra, que le permite sobrevivir a la dura experiencia de su zozobra cotidiana.

Esta es, a grandes rasgos, la estructura del presente trabajo. Sólo me resta esperar que en él la voz de López Velarde no pierda la fuerza y la resonancia que me cautivaron al leerlo y releerlo innumerables veces.

Por último debo agradecer aquí la valiosa ayuda que me brindó el Dr. Rubén Bonifaz Nuño, así como la paciencia del Maestro Gonzálo Celorio quien dirigió esta tesis. Sin el apoyo de ambos este trabajo no se hubiera terminado.

F.T.C.

la lectura: experiencia y crítica literarias

... Le critique Littéraire explique les idées par les idées, ce qui est légitime, - les rêves par les idées, ce qui peut être utile. Il oublie cependant, ce qui est indispensable, d'expliquer les rêves par les rêves.

Gaston Bachelard

I

Toda lectura de un poema o de un libro de poemas es, esencialmente, ejercer una mirada. El que escribe imagina, sueña, ve un mundo que quiere mostrar; el que lee manifiesta su deseo de mirar; es, en principio, un testigo. Sin embargo, un libro es algo que ocurre ante el lector y con el lector. La soledad del que habla, su alegría, su miedo, su estupor, hablan en mí, son míos. En la lectura estoy - en evidencia, me descubro en evidencia. El que escribe, - desde la soledad y el silencio más profundos, trabaja para mostrar un mundo y para mostrarse; el que lee mira esa imagen y acaba por mirarse a sí mismo. Toda lectura literaria, particularmente de poesía, conduce en mayor o menor grado al descubrimiento de esta paradoja: ser a la vez el otro y uno mismo. La imagen que el poema ofrece me dice - quién es el otro, el autor, y quién soy yo. Y es que esa imagen, en palabras de Gaston Bachelard, "se hace verdaderamente nuestra. Echa raíces en nosotros mismos. La hemos recibido pero tenemos la impresión de que hubiéramos - podido crearla, que hubiéramos debido crearla. Se convierte en un ser nuevo en nuestra lengua, nos expresa convirtiéndonos en lo que expresa, o dicho de otro modo, es a la vez un devenir de expresión y un devenir de nuestro ser".⁽¹⁾

1. Bachelard. La poética del espacio, p. 15

La lectura es, pues, participar de la vida que se expresa y de la expresión misma; es una experiencia propia, íntima, esencial. Así, la obra, escrita para ser leída, se termina y se reinicia en la lectura de sus imágenes, en lo que provoca en el lector lo cual constituye su experiencia.

Pero ¿cuáles son los momentos por los que atraviesa esa experiencia? ¿qué caminos sigue la relación autor-texto-lector implícita en la lectura? Estas son preguntas que la teoría y la filosofía de la literatura deben responder y nosotros las trataremos brevemente. Por lo pronto tenemos la necesidad y el deseo de manifestarnos ante una obra literaria a partir de la experiencia de su lectura. Y como lectores sabemos lo que nos pasa, sabemos que algo en el texto nos enamora, que algo prende en nosotros sin que podamos o incluso queramos detenerlo o sofocarlo; algo que está en el texto y que con toda evidencia resuena en nosotros y nos mueve, nos involucra, nos exalta, -- nos lleva hacia ese lugar en el que ya habíamos estado -- sin saberlo o hacia un mundo que jamás habiéramos visto sin el autor⁽²⁾, y nos pone a hablar, a decir nuestra experiencia, a dar testimonio de lo que hemos visto y de cómo lo hemos visto; es decir, a ejercer una mirada. Creemos que esta mirada es importante y que no debe perderse, pues nos parece el instrumento más adecuado para hablar -

2. La relación autor-texto-lector, desde el punto de vista tanto del autor como del lector ha sido tratada por varios autores, teóricos y filósofos de la literatura. Para citar sólo dos ejemplos véase Merleau Ponty, La prosa del mundo. Madrid, Taurus, 1971, pp. 218, sobre todo el ensayo "La ciencia y la experiencia de la expresión" p. 35 y sigs., y Maurice Blanchot, El espacio literario, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1969, pp. 264, los capítulos II y VI.

de literatura, para comentar un texto.

Sin duda hay muchas formas, métodos y sistemas para comentar o criticar un texto literario, pero no todos toman en cuenta el placer y la experiencia de la lectura -- que a nosotros nos importan tanto y que incluso consideramos rasgos de la literatura. Entre la crítica tradicional y los nuevos métodos científicos del análisis literario, la experiencia queda sofocada o simplemente olvidada. El texto que se lee, el poema, se vuelve algo a lo cual hay que temer y de lo cual no se puede hablar porque no se está "autorizado", o bien, del lado del análisis pretendidamente científico, se convierte en una madeja de -- fórmulas, esquemas, flechas, vectores, niveles, etc., que acaban con él.

Cuando Antonio Alatorre manifiesta su alarma por este olvido de la experiencia y del placer literarios en la crítica⁽³⁾, asume una posición a la que quisiéramos unirnos. No nos interesa hacer crítica de la crítica, sino aprovechar el espacio que Alatorre defiende para ejercer nuestra lectura y hablar de ella porque, como él, preferimos "las simples conversaciones en que se habla de lo bonito de unos versos, de lo emocionante de una novela, de lo decepcionante del desenlace de un cuento, etc., a los productos de cerebros robotizados en que la impresión producida por una obra literaria, su resonancia íntima, ha sido escrupulosamente raspada."⁽⁴⁾

3. Alatorre "Crítica literaria tradicional y crítica neo-académica" p. 6-13

4. Ibid p. 8

Porque esa crítica científica o intelectualista, en cualquiera de sus formas, se interpone entre el libro y el lector. Con su deseo de objetividad reduce el poema a una explicación que ha de confrontarse con la realidad para -- que demuestre su condición verdadera o para que resulte -- falsa. En esa misma medida representa los caminos y las decisiones de la cultura, impone una manera de leer y dice qué leer.⁽⁵⁾ La capacidad del lector para responder a lo que el poema llama en él, esa resonancia íntima que el crítico considera vana y subjetiva, queda así desacreditada y todo lo que pueda decirse desde ahí posee muy poco valor -- para la crítica literaria aceptada. Pero el lector, el lector feliz, entiende de otra manera. Lejos de buscar un conocimiento objetivo del texto que lee, se deja llevar por él y por lo que la imagen poética le despierta. Entra en el mundo de la imaginación, contempla con placer un mundo nuevo y sigue, a veces temeroso, los ecos de esas voces -- que resuenan y repercuten⁽⁶⁾ en él; voces del poema o de él mismo, en todo caso voces capaces de transformarlo, de hacerlo vivir con otro cuerpo y con una voz nueva. Quiere ser el poema y al incorporarse a ese mundo lo reinaugura. Está en un terreno en que los críticos de verdadero o falso son sólo raquíuticos vestigios de un mundo severo y estéril. Leer, leer sin prisa, nos permite captar el mundo --

5. Cf. Blanchot, El diálogo inconcluso, p. 495

6. Cf. Bachelard La poética del espacio, p. 14. Para -- Bachelard esa primera impresión que provoca la lectura de un poema, es decir, la imagen poética, tiene dos niveles. La resonancia en la que "oímos el poema" y la repercusión, en la que "lo hablamos, es nuestro". La resonancia involucra los diferentes planos de nuestra vida en el mundo; la repercusión nos transforma: "Parece que el ser del poeta es nuestro ser".

del poema para volverlo a vivir, nos hace, sin saberlo, aprendices de fenomenólogos de la imagen poética porque queremos vivir lo que leemos "tal y como los grandes --soñadores de imágenes han vivido".⁽⁷⁾ Así, esa subjetividad, esa impresión que el poema suscita en su lector y que el crítico olvida, es legítima y suficientemente poderosa para ayudarnos a comprender la naturaleza de la imagen poética. Dicho de manera más formal, sólo "la fenomenología - es decir, la consideración de surgir de la imagen en una conciencia individual -, puede ayudarnos a medir la amplitud, la fuerza, el sentido de transubjetividad de la imagen".⁽⁸⁾

Y la imagen surge en un estado nocturno de la conciencia, ahí donde las leyes objetivas de la realidad diurna no tienen poder, no son necesarias, no tienen voz. Lo que habla es el sueño, la imaginación, el ocio fecundo desde el cual se proyecta una mirada sobre las cosas y sobre la vida que parece reposar, con toda su belleza y su crueldad, en la habitación apenas iluminada por una lámpara o una vela. El poeta contempla y en su contemplación participan su inteligencia, su pen-

7. Ibid p. 152-153. Es interesante la diferencia de matiz que hace Bachelard entre la palabra tal y la palabra como: "La palabra como imita, la palabra tal implica, que nos convirtamos en el sujeto mismo que sueña el sueño". Para él, ese matiz hace al fenomenólogo. Véase también Bachelard La poética de la ensoñación. p. 13 y 14.

8. Ibid, p. 10

samiento y su sueño⁽⁹⁾ que reúnen en una sola sensación compleja su conciencia de la vida. Entonces la imaginación toma la palabra y expresa esa conciencia señalando un camino y un espacio que alguien debe seguir o habitar, que el poeta espera que alguien recorra o llene. Ese camino y -- ese espacio son el poema que durante la escritura o al final de la escritura abre a su vez caminos y espacios nuevos que el poeta no esperaba, que no había reconocido, que lo sorprenden. El texto se revierte, el autor es leído -- por lo que escribe; la imagen, la palabra, devuelven la mirada. Hijo de la ensoñación, de esa misteriosa continuidad de la vida que nos llena y nos sobrepasa, el poema permanece y se modifica en cada lector y en cada lectura. Así, el lector reinicia y recorre a su manera el mismo camino -- que el poeta. Pero el ciclo se ha cerrado sólo para volverse a abrir. El lector lo reinventa, lo redescubre y lo vuelve a escribir. Dominado por la imagen que recibe de pronto se apodera de ella y, acaso mucho después de la lectura, inmerso en su propia soledad, en ese raro y difícil estado de letargo y lucidez, habla con una voz nueva. Lo que diga sobre la imagen que ha recibido en esa misma imagen y simultáneamente lo que en él ha provocado. Su discurso, claro está, nada tiene que demostrar, es puro deseo; su versión del poema es su versión del mundo, su entusiasmo por algunos versos específicos habla del poema y de él mismo. Entonces la lectura ha dejado de ser un acto pasivo (¿alguna vez lo fue?) y se convierte en un movimiento -- que compromete, que arrastra. Es crítica en la medida en que revela una manera de ser y de estar frente al poema, -- en la medida en que revela una posición.

Penetrar en ese mundo y juzgarlo desde afuera sería falsearlo e ignorar su naturaleza. "No hay que ofender a

9. Cf. Bachelard, El aire y los sueños, p. 327

las divinidades del sueño" dice Novalis.⁽¹⁰⁾ Y sólo desde ahí, en el sueño, en la imagen misma, el poema y su lectura tienen sentido.

Los grandes poetas, sobre todo los de nuestro tiempo a partir del Romanticismo, han puesto en evidencia la fuerza de ese sentido oculto y secreto que actúa en nosotros y que no puede ser confrontado con las leyes y reglas de la conciencia diurna. Es precisamente ahí donde es oscuro, -- donde sus imágenes y sus signos callan lo que tienen que decirnos. Así, y siguiendo a Albert Beguin, ante esas imágenes tenemos una sola preocupación, acaso una responsabilidad, "la de abrirnos (...) y conocer por ellas el estupor -- que inspira la condición humana contemplada un instante en toda su extrañeza, con sus riesgos, su angustia total, su belleza y sus falaces límites".⁽¹¹⁾ ¿De qué otra manera si no así podemos hablar de literatura? ¿Cómo, si no es con nuestros propios sueños, nuestra propia imaginación despertada y renovada por la lectura que pone en juego nuestra capacidad para la angustia, para correr riesgos y para apreciar la vida en su belleza y con su vértigo?

10. Cit. por Beguin, El alma romántica y el sueño, p. 117

11. Beguin op. cit. p. 15

II

Algo queda siempre fuera del texto. Hay obras que al leerlas sentimos que avanzan y penetran en un mundo y en un espacio únicos como si quisieran abarcarlos totalmente, cubrirlos milímetro a milímetro y poner en juego, una por una, todas sus vetas de sentido. La obra denuncia un deseo de ser total, de no dejar, del mundo que imagina, nada fuera de la palabra, de la expresión. Pero durante y después de su lectura, ya no digamos de su escritura, lo que queda de la obra en el propio autor o en el lector, es algo que, sin negarla, no está en ella, que la rebasa, que se despierta lentamente en el borde fino y preciso de ese espacio, de ese mundo que desesperadamente, con una angustia meticulosa y obsesiva, ha querido ser cubierto palmo a palmo. Aquí, -- el que escribe sobre todo, descubre de pronto, orgulloso y humillado, que algo escapa a su obra y entonces la reinicia. Se trata de los demonios de la literatura, de los demonios del sentido que se expresa y que en la expresión misma encuentra siempre un hueco que hace falta llenar, una palabra que hace falta echar a volar o, en su caso, una palabra que hay que anular para que todo esté lleno, para que nada falte. Pero siempre falta. Todo escritor que en verdad lo desea sabe que ésta es su angustia y que en ella va montado. Y lo sabe, entre otras cosas, porque al leerse a sí mismo -- descubre lo lleno y lo vacío de su obra, el abismo entre lo que ha querido decir y lo que la obra dice por sí sola, el silencio entre lo que reconoce que dice y lo que evidentemente sabe que no dice a pesar de su descomunal esfuerzo. -- La obra se le escapa cuando muestra, con sorprendente claridad, que hay algo en toda ella que no está dicho, que está fuera del texto, y que en la obra es tendencia, dirección, potencialidad, pero no plenitud, colmo, totalidad.

El lector descubre sin saberlo esta condición de la obra y se entusiasma sin reconocer que su entusiasmo es, en

el fondo, un trayecto que empieza en el vértigo de la página en blanco y que llega, ¿por qué no decirlo?, más allá de la lectura. Hemos sido llevados a un mundo indecible que paradójicamente sólo puede ser vivido y reconocido gracias al -- lenguaje y al decir de la obra. Y aunque los dominios de la obra sean precisamente ese mundo, sobre ellos, la obra no -- ejerce poder alguno. La obra es, en este sentido, ambigua.⁽¹²⁾ Busca ser total y esa búsqueda la hace siempre fragmentaria.

Al leer los trabajos de Gaston Bachelard, lector feliz e incansable, vivimos cada vez con mayor intensidad esta con dición de la imaginación creadora que está y no está en la -- obra que produce. Así, cuando afirma que "la imaginación es un devenir"⁽¹³⁾ nos hace saber que en sus largas y solita -- rias lecturas ha descubierto una "ley de la imaginación" que sólo es ley en la medida en que, cumpliéndose, no deja nunca de hacerlo; que es una ley de un movimiento eterno e incansa ble que va recorriendo y cubriendo espacios y mundos que no cesan nunca de crecer, que no se agotan ni se pueden guardar, como un objeto precioso y maravillosamente terminado, en algún cajón de la memoria. Pero al enunciar esa ley tenemos -- la sensación de que no es nueva, de que, sin poder enunciarla así, ya hemos vivido en nuestras lecturas lo que enuncia. Llegamos así, y no por los caminos de la lógica, a un acuerdo. De manera distinta y diversificada seguramente, sabemos que esencialmente nos ocurre lo mismo.

12. Cf. Blanchot, Falsos pasos, p. 8 a 22. Aunque Blanchot se refiere a la condición ambigua del escritor frente a sí mismo, frente a su obra y frente al mundo, el sentido en que aquí usamos el término es básicamente el mismo en que él lo desarrolla.

13. Cf. Bachelard, El agua y los sueños, p. 159

Lectores de poesía, y en este caso de la obra de Ramón López Velarde, llenos de ella y por ella misma nos descubrimos también en otra parte, en un mundo hacia el que la obra apunta pero que empieza donde la obra termina. Y si como -- afirma Bachelard, "lo que tenía que decirse queda tan pronto suplantado por lo que se escribe por sorpresa, que se siente muy bien que el lenguaje escrito crea su propio universo"(14), el texto de nuestra lectura, su escritura, involucra con toda evidencia a la obra, a nosotros y, afortunadamente, a algo más que nos toma por sorpresa, que crea su propio universo.

14. Bachelard, El aire y los sueños, p. 307

el espacio interior: la casa y la iglesia

I

Leer a Ramón López Velarde es pasar constantemente por el asombro. Cada vez que creemos encontrar la llave de su mundo, una relectura más lenta nos conduce por -- nuevos caminos llenos de matices. Su mundo nos rodea y nos seduce, nos enamora y nos asusta. Hablar de su obra es, entonces, para bien o para mal, dar de tumbos en un espacio que aparentemente se identifica con facilidad, - pero que no tiene un solo rostro, una atmósfera precisa. Y sin embargo, también es reconocer y tratar de detener ese tiempo fértil, breve y vertiginoso que produce la -- lectura de su obra. Así, acostumbrados a la rara simul[taneidad de los distintos dramas e ironías de su vida, - no dejamos por ello de percibir su desconcierto, y el -- nuestro. Acaso en esta dualidad reside su grandeza.

Pero si por alguna parte habremos de empezar, diremos que Ramón López Velarde es un poeta que bajo el signo del amor y del deseo, de manera radical, paradójica y siempre inasible por completo, posee una voz única, personal, fiel a sí misma; una voz que expresa con extraña habilidad las luchas, los deseos y temores de su espíritu exaltado y sometido y, en la expresión misma, profundamente libre, porque como afirma Xavier Villaurrutia, - "su drama no fue el de la ignorancia ni el de la sordera

espiritual, sino el de la lucidez".⁽¹⁵⁾ Nuestra tarea es, pues, difícil. Queremos escuchar esa voz y palpar la soledad ardiente de esa lucidez.

Para nosotros, aunque dicho de manera esquemática, - el primer contacto con el mundo velardiano es con el espacio que el poeta habita. Es así como al terminar de leer por primera vez su obra, antes de que la vista de nuestras cosas familiares nos coloque repentinamente en la tosca -- conciencia de nuestro espacio, tenemos la vaga sensación - de haber estado medio cubiertos por las sombras de una sala amplia de una casona vieja, de haber cruzado lentamente sonoros corredores o conversando en la cocina mientras la lluvia oscurece el barro de las macetas y se encharca en el patio; o bien, de haber penetrado, con creciente lucidez, la fúnebre humedad de una iglesia, el silencio de un cementerio o el aire denso y casi palpable de una tumba. - Del rincón de la cocina a las retorcidas calles de una ciudad de provincia; de la nave de iglesia al susurro de un confesionario, el mundo del poeta adquiere lenta y vigorosamente su dimensión. En ese espacio los grandes personajes de López Velarde reposan y se mueven.

Sucesivas lecturas, cada vez más atentas a las implicaciones de esas imágenes, confirman la primera sensación. Poco a poco, con inesperada fuerza, nos adherimos a ese espacio, nos sentimos rodeados y nos instalamos, como el poeta, en esa atmósfera que le es tan íntima. Por esto pensamos que esas imágenes rebasan con mucho la simple voluntad de estilo de incorporar a su poesía elementos familiares y tal vez pintorescos del espacio en que sintió por primera vez su profunda soledad, las fuerzas impenetrables de las-

15. Villaurrutia, "El león y la virgen", p. 127

contradicciones de su alma y la imperiosa necesidad de mostrarlas a lo largo de su obra. López Velarde habita en verdad ese espacio, lo recuerda, lo imagina y lo sueña; realiza en él, desde el sueño y la imaginación, su función de habitar, que, según Bachelard, es una de --- esas actividades primitivas y originales del alma humana que no escapa a la imaginación poética bajo el signo del espacio feliz, de la intimidad protegida.⁽¹⁶⁾

Al acercarnos aún más a ese espacio podemos distinguir, mediante una síntesis, dos grandes imágenes: la casa y la iglesia. Ambos espacios, aunque habitados con igual intensidad, ofrecen valores e imágenes distintos. Guiados por López Velarde trataremos de descubrir esos valores penetrando así en los recintos que su alma apasionada, radical, ambigua y enamorada siempre, no -- abandonó nunca.

II

La casa es un secreto a voces. Recogidos y retirados en ella y por ella, su espacio nos alberga y nos denuncia. La vida en ella ocurre como una confesión impudorosa y como un cómplice mudo, invisible. Habitar -- una casa es, más que llenarla de muebles y darla como -- domicilio, pertenecer al mundo, estar en él, y en plena

16. Cf. Bachelard, La poética del espacio, p. 27 y sigs. Hay que hacer notar, sin embargo, que el concepto de función de habitar es, en términos generales, el --- asunto de todo este libro y se desarrolla y define a lo largo de él cada vez con matices distintos.

y tranquila soledad. Toda casa verdaderamente habitada nos ofrece un espacio para ser y para crecer. Entonces ella es y crece. Está viva. Se anima y se nutre con nosotros. Empezamos a vivir en una casa, en ella nos-topamos con nosotros mismos y con las imágenes de nuestra primera historia. Es, pues, y siguiendo a Bachelard, "nuestro rincón del mundo". Es (...) nuestro primer universo. Es realmente un cosmos". (17)

Y ese universo alberga los recuerdos más lejanos y los sueños más recientes. "La casa, como el fuego, - como el agua, nos permitirá evocar (...) fulgores de ensoñación que iluminan la síntesis de lo inmemorial y -- del recuerdo. En esta región lejana, memoria e imaginación no permiten que se las disocie. Una y otra trabajan en su profundización mutua. Una y otra constituyen, en el orden de los valores, una comunidad del recuerdo y de la imagen". (18)

Así, recuerdo e imaginación están adheridos y separarlos, aunque posible, resultaría estéril; se reduciría la imagen a una explicación racional que la despojaría de todo su poder evocativo, pasado o presente. Dicho de otro modo, los recuerdos lejanos de aquella antigua morada se reviven como ensueños⁽¹⁹⁾ y en ello radica precisamente su valor.

Sin duda hay distintas casas que reviven en nosotros los valores de la intimidad del espacio habitado.

17. Ibid. p. 34

18. Ibid. p. 35

19. Cf. Ibid., p. 36

Pero dentro de esos valores es la casa natal la que alberga el sueño de la protección primogenia y la soledad amparada.⁽²⁰⁾ La casa natal parece decir mejor que cualquier otra lo más profundo de nuestra función de habitar; reúne todos los valores de la intimidad y sintetiza su realidad física y onífera dando así libre curso a nuestros sueños. La casa natal existió y existe como la soñamos.⁽²¹⁾

La casa de López Velarde, nos parece, es precisamente la casa natal, pero también es la casa donde habita el primer amor e incluso los amores soñados. Hemos dicho ya que López Velarde vive su mundo sustancialmente bajo el signo del amor y del deseo, y la casa que nos pinta es el lugar propicio para la expresión de una faceta de su erotismo a la vez que proyecta la intimidad de su alma:

en el patriarcal sosiego
del hogar, mi dulce ruego
ha de loar tu belleza
cabe la muda tristeza
del caserón solariego.

(La sangre..."Viaje al terruño")*

Entramos así en la casa que López Velarde habita.

20. Cf. Ibid, p. 38

21. Cf. Ibid, p. 43 a 47. Véase también del mismo autor La poética de la ensoñación, el hermoso capítulo "Las ensoñaciones que tienden a la infancia". p. 149 a 217.

* Para facilitarnos la cita de los versos sólo daremos el título del poema y del libro en el que se encuentra.

En la lectura lenta nos dejamos llevar y nos sentimos huéspedes y a la vez dueños de la soledad donde el -- poeta se instala y se concentra en la belleza de una mujer, acaso la mujer amada en secreto. López Velarde sueña; nos invita a recorrer su antigua casa y a conocer, en ella y por ella, un amor que no pretende nada sino la admiración. Pero no sólo "vemos" ese espacio. El caserón tiene resonancias, peso, profundidad y paz. Ahí, en ese espacio lleno de rincones inexplorados y siempre presentes, el poeta reposa, ama y se entristece.

Y es que en el umbral de ese espacio que alberga recuerdos llenos de frescura, la vida parece despojarse de su absurdo. La casa está llena de voces que tranquilizan y de nobles fantasmas que cobijan con su suave presencia:

Mi vida, enferma de fastidio, gusta
 de irse a guarecer año por año
 a la casa vetusta
 de los nobles abuelos,
 como a refugio en que la paz divina
 de las cosas de antaño
 se oye la voz de la madrina
 que se repone del acceso de asma
 para seguir hablando de sus muertos
 y narrar, al amparo del crepúsculo,
 la aparición del familiar fantasma.

(La sangre... "Poema de vejez y de amor")

y en medio de esas voces, para él solo, como cómplice se creto de esa atmósfera familiar, el poeta escucha la voz de la mujer amada con devoción intachable pero intensa:

A veces, en los ámbitos desiertos
de los viejos salones,
cuando dialogas con la voz anciana,
se oye también, sonora maravilla,
tu clara voz, como la campanilla
de las litúrgicas elevaciones.

(Ibid)

La casa del recuerdo es, de pronto, el espacio que da resonancia a una voz y a un deseo. López Velarde lleva esa voz que representa un amor claro, vigoroso y devoto. En la soledad de los salones o en medio de una lejana y querida conversación, la voz de la amada es clara, - musical y religiosa. Más adelante volveremos sobre este aspecto del erotismo velardiano. Por ahora nos instalamos, con el poeta, en ese espacio que inundado de una apacible oscuridad o de una luz casi divina, es para su imaginación un templo, un recinto propio e íntimo donde puede, a un tiempo, curarse de fastidio, refugiarse en la paz del pasado y desplegar, más aún, confesar, la intensidad y la santidad de ese amor primero:

¡Quién le otorgará al corazón doliente
cristalizar el infantil anhelo,
que en su fuego romántico me abrasa,
de venerarte en diáfano capelo
en un rincón de la nativa casa!

(La sangre... "Canonización")

El deseo y el amor del poeta eligen, para la Santa, un rincón de la antigua morada, una atmósfera de soledad y resguardo. Porque, para la imaginación, "todo rincón de una casa, todo rincón de un cuarto, todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es (...) una soledad, es decir, el germen de un cuarto, el germen de una casa."⁽²²⁾ Así, López Velarde nos lleva a lo más lejano de su recuerdo y a lo más profundo de su soledad, nos conduce por cuartos y -- corredores a un espacio donde habremos de estar inmóviles,⁽²³⁾ absortos, lejos del mundo y cerca, terriblemente cerca, de ese amor que nos abrasa y que no tocaremos. Es indudable que López Velarde ha soñado ese espacio y -- que conoce el valor de esa soledad y de ese silencio. -- Sin temor lo repetirá constantemente, volverá a él como un gesto natural de su espíritu que sabe acomodarse, acurrucarse:

El mortal que sabe encerrarse en el silencio, como en una esfera de oro, posee el secreto de la dicha más honda. Las creaciones de la fantasía discurren por las -- zonas de la soledad como por el espacio -- más a propósito para que se agigante el -- pensamiento. En el recinto grave de los aposentos inaccesibles a la algarabía callejera, el espíritu se siente como en su patria, saboreando el mutismo de la eternidad.

(Don de febrero... "El silencio")

22. Bachelard, La poética del espacio, p. 171

23. Cf. Ibid, p. 172

y más adelante escribe:

Amada de otros días: ven al castillo del silencio, para que vaguemos bajo sus bóvedas seculares; para que descansemos a la sombra de sus corredores, nunca profanados con el menor bullicio, y para que en la alta noche nos asomemos a los balcones, abiertos al infinito, y podamos percibir la sorda palpitación de la eternidad.

(Ibid)

El silencio es una actitud, un lugar, un estado de quietud y una soledad fértil. López Velarde sintetiza - en una sola imagen todo ese universo y nos rodea de sombras tibias, de voces lejanas que resuenan entre paredes sólidas y techos altos, y ahí, en un tiempo que parece prolongarse, algo nos inmoviliza y nos permite, con luz, abandonarnos al sueño del reposo.

En la imaginación de López Velarde el espacio así habitado es, más que un giro de estilo, una necesidad de su alma, un estado íntimo que surge, a veces, a pesar de él mismo, de su razón, de su conciencia del día y de la continuidad de la vida que lo atormenta. Así, de pronto, a la mitad del recuerdo de una mujer amada en otros tiempos, el mismo poeta se sorprende acariciando un deseo, - un anhelo:

¿Qué anhelaba? Algo que no se compadece con la sinceridad de mi pesimismo: la edificación de una casa, de mi casa. ¡Fenómeno singular! Yo, que no he sacado mi triste criterio de los renglones sistemáticos con que las plumas embusteras recargan el tono oscuro de la vida; yo, que he deducido mi pesimismo de la contemplación de -- los espectáculos del mundo, anhelaba fundar mi casa...

(Don de febrero..."Nuestra casa")

Nada parece contener la emergencia de ese anhelo. Más allá de un pesimismo nacido de la contemplación del mundo exterior, de la intemperie de la vida, la imaginación es leal a sus imágenes primitivas. Para López Velarde la casa es un refugio donde puede descargarse del fabuloso peso que la vida le ha echado encima, un espacio donde puede vivir, en soledad, la tensión de su espíritu enamorado. La casa que -- sueña edificar es, en este contexto, parte de ese drama y -- de esa lucidez; en ella habita, también, un amor soñado:

Nuestra casa habría sido un edén, amiga que te consumes entre las palomas familiares, las macetas rústicas y el son de las esquilas que te llaman a misa y a los rosarios vespertinos. -- Nuestra casa habría sido como un retiro fragante y silencioso contra cuyos muros vendría a -- agonizar la agitación bárbara de las multitudes, como las olas que mueren en la arena. --

Nuestra casa habría tenido una ventana por cuyas rejas habrías contemplado el tablero vasto de la llanura; las torres blancas, (...) la -- mancha verdinegra de la arboleda a distancia; -- el cerco azul de las montañas y los caminantes fatigados, así como los Artagnanes que se van a casa de aventuras. En el patio habríamos -- visto copiarse nuestras cabezas en el espejo -- que formaran en el pozo las aguas saludables. Sobre el lino de los claros manteles habríamos comido el pan de la ilusión, mirando por la vidriera temblar las figuras seculares del Zodiaco...

(Ibid)

Tenemos ya la imagen completa de ese espacio. La casa de López Velarde es sólida y segura. En ella la vida ocurre con la lentitud de sombras que se forman al caer la tarde; -- desde ella el mundo es noble, fértil y hospitalario. Es la frontera entre el bullicio de las multitudes, y el sereno silencio de los amantes; es, a un tiempo, sustancia y forma, -- contenido y continente; refugio, rincón y horizonte de un deseo, de un estado del alma. Durante el sueño, durante la -- expresión del sueño, estamos, como el poeta, lejos "de la -- brutalidad y de la corrupción de la carne" que tanto lo atormentan y lo excitan y a las que nos conducirá en otros momentos de su obra. Aquí, somos esa casa y nos perdemos en el -- eco de sus corredores y en la seductora sospecha de sus rincones, temibles y protectores.

La casa natal y la casa soñada son un solo espacio, -- una misma imagen de protección y sosiego interiores; tienen-

una misma dimensión y albergan el mismo erotismo. Pero ahí adentro podemos encontrar matices; sutiles pero profundas diferencias entre los estados de ánimo, entre -- los recuerdos y los sueños que se enraizan y se despliegan desde los corredores hasta la cocina pasando por salas y recámaras. López Velarde es un poeta minucioso y su obra, como decíamos en el primer capítulo de este -- trabajo, quiere abarcar y cubrir, milímetro a milímetro, los distintos recintos del mundo en el que su palabra, -- su deseo y su necesidad de expresión tienen sentido. En tonces vamos de la algarabía de pájaros en un patio de provincia a la intensa y provocadora penumbra en que -- una mujer teje el fastidio y la interminable espera de su vida. La soledad y el silencio, la intimidad y el -- soliloquio, para López Velarde, no sólo se disfrutan -- sino también se padecen; no sólo lo inundan de paz, -- sino también tensan las cuerdas de su deseo y su urgencia de vivir. Y aunque reconocemos momentos específicos de cada uno de esos movimientos de su alma, en el -- interior de la casa ocurren simultáneamente, coexisten; algo más íntimo aún los vincula, los hace converger en un mismo tronco, en un mismo espacio. Es así como somos llevados a la sonoridad y al colorido de imágenes -- como ésta:

El zenzontle me lleva
hasta los corredores del patio solariego
en que había canarios, con el buche teñido
con un verde inicial de lechuga, y las alas
como onzas acabadas de torquelar. También
había por aquellos corredores, las roncadas
palomas que se visten de canela y se ajustan
los collares de luto...

(Zozobra "Para el zenzontle impávido")

y ese mismo corredor revive en el poeta, en medio de palomas y canarios, de negros y de verdes, acaso una de sus primeras sensaciones ante la cercanía de los amantes. Lo vemos entonces adolescente, casi niño, presenciar y volver a sentir en la piel la desconcertante y total dulzura del erotismo:

... Corredores propicios
 en que José Manuel y Berta platicaban
 y en que la misma Berta, con un gentil descoco,
 me dijo alguna vez: "Si estos corredores
 como tumbas, hablaran iqué cosas no dirían!"

(Ibid)

Complicidad y confesión. Todo está en lo "propicio", en la voz suave de los amantes y en la seductora complicidad de Berta que se sabe observada. Hay, en este mismo corredor, otra imagen que vuelve sobre la dulzura de ese recuerdo, de esa sensación arrolladora y primera del erotismo:

Yo era rapaz
 y conocía la o por lo redondo,
 y Águeda que tejía
 mansa y perseverante en el sonoro
 corredor, me causaba
 calosfríos ignotos

(La sangre... "Mi prima Águeda")

El corredor es, para el que observa, un rincón, un escondite, una humedad tibia, desconcertante, una resonancia. El corredor nos alberga y nos expone. Y todo ocurre entre el silencio y el estruendo de ese espacio - donde, también testigo, está...

colgada en la risueña galería
la jaula de canarios vocingleros

(Primeras poesías "Flor temprana")

Y de ahí, de la mirada, pasamos al aroma y al sonido de la cocina y del comedor y nos sumergimos, otra vez, en el ambiente de un recuerdo que se vive y se sueña:

A la hora de comer, en la penumbra
quieta del refectorio
me iba embelesando un quebradizo
sonar intermitente de vajilla
y el timbre caricioso
de la voz de mi prima

(La sangre devota "Mi prima Águeda")

Mujer de luto y ojos verdes, risueña e inquietante, que llena con su voz todo el comedor y mueve el aire mientras su aliento nos toca, nos acaricia, se nos queda en la piel. La mujer ocupa el espacio, lo colma, y su ausencia, cuando sobreviene, es desoladora. El poeta imagina entonces la cocina sin el calor de ésta o esas mujeres que lo seducen con la voz, el aroma y el roce de la falda:

Gemirán las cocinas en que antes
 las Mireyas criollas fueron una
 bandeja de pozuelos humeantes

(Zozobra "A las provincianas mártires")

Somos testigos y actores de la vida que ocurre, humea y huele en la cocina y, simultáneamente, sentimos el frío y el abandono que significa la ausencia de esas mujeres, de esos cuerpos anchos y firmes, herederos de una fuerza legendaria y de una mansa paz. En la imaginación del poeta todo ese universo late en los rincones y en el aroma de la cocina donde, antaño, pasaba horas

absorto en el perfume de hogareños panqués.

(El son "Mi Villa")

Pero la atmósfera y el ritmo cambian. La imagen de la casa es terreno fértil para que el alma de un poeta como López Velarde se instale, viva y proyecte distintos matices de su interior. Así, de la frescura y colorido de las imágenes que hemos visto, el poeta nos lleva ahora a otros recintos donde la luz, el tiempo, el sonido etc., tienen otra calidad. Todo, sin embargo, convive bajo el mismo techo, entre las mismas paredes. Pero para la imaginación y el sueño no hay límites ni reglas de expresión: hay, a su manera, la coherencia de un mundo del cual el poeta no puede ni quiere desprenderse pues es precisamente ese mundo original, profundo e íntimo, en el que su obra tiene sentido y el que lo revela como un soñador de imágenes.

La vida interior y en el interior de la casa está pro-

tegida de las amenazas del mundo así como de las tentaciones de la intemperie y la aventura. Todo en ella es silencio, sosiego y soledad. Sin embargo, esta quietud no es - sinónimo de estancamiento. La vida en la casa, para López Velarde, es intensa; posee una fuerza y un valor que sólo entre sus paredes y al amparo de sus techos pueden ser expresados y, en la palabra y por la palabra, desencadenados y vueltos a vivir. La casa está viva con la vida del poeta. Reúne en sus corredores la sonoridad y la algarabía - de voces juguetonas y de pájaros mimados, en la cocina el aroma de los hornos y de las mujeres criollas que perfumaron sus paredes, y en la sala desierta la voz de una mujer amada en secreto. Pero también guarda, mientras afuera -- llueve, una atmósfera cargada, lúbrica, que enardece el de seo:

Tierra mojada de las tardes líquidas
 en que la lluvia cuchichea
 y en que se reblandecen las señoritas, bajo
 el redoble del agua en la azotea

(Zozobra "Tierra mojada")

El interior de la casa que López Velarde imagina está lleno de esa actitud seductora que proyoca en "las señoritas" una tarde húmeda, de encierro, en la que las horas pasan entre la somnolencia y el deseo. El poeta vive esas horas lluviosas con ansiedad, sabe de su fertilidad, de su -- condición propicia para la caricia ante el espectáculo de -- la lluvia y del frío exteriores. Pero la casa que resguarda de la lluvia y que ofrece un espacio para la ensoñación erótica también encierra; hace del tiempo un fastidio, una soledad que, como ninguna otra, en este contexto, envejece:

tardes en que envejece una doncella
 ante el brasero exhausto de su casa,
 esperando a un galán que le lleve una brasa

(Ibid)

López Velarde es testigo y portador de ese tiempo; goza y padece esa soledad que se despliega en el interior de la casa durante una tarde lluviosa que es fértil para su imaginación. Estamos rodeados ahora de una atmósfera que desconcierta; protegidos pero ansiosos, libres pero solos. Esta misma pesadez del tiempo de una casa aparece unida a la mujer deseada pero intocable; protegida en la penumbra pero a la vez encerrada en ella. La vida, entonces, y ante el deseo, se convierte en un monólogo, en una soledad hueca, estéril, intransigente:

Tiempo confidencial
 como el dedal
 de las desahuciadas bordadoras
 que enredan su monólogo fatal
 en el ovillo de las huecas horas

(Zozobra "Disco de Newton")

López Velarde vive, en una sola imagen, un tiempo y un espacio íntimos, confidenciales y a la vez fatales y huecos. Algo en él se involucra y se rebela. Y es que, - la imagen habla de una soledad que llena al poeta y que - como hemos visto, recrea sin cesar; pero también habla de un tiempo inútil, de una presencia cuya mansedumbre congela la vitalidad y el deseo que hierven en él. Hay además,

en esta imagen, una alusión específica a otro poema que nos parece muy importante porque sintetiza estos dos polos de las imágenes del espacio interior, a saber, la paz de la atmósfera y de la mujer amada en secreto, frente a la fuerza de un deseo que ahogan al poeta. El poema en cuestión es "La tejedora". La atmósfera es esencialmente la misma. Una mujer teje junto a la ventana mientras afuera llueve. Dentro de la casa la penumbra envuelve al poeta y a la tejedora que trabaja en silencio, entre el sueño y la vigilia, la santidad y el deseo. La casa es un confidente y está llena de tristeza:

Tarde de lluvia en que se agravan
al par que una íntima tristeza
un desdén manso de las cosas
y una emoción sutil y contrita que reza.

(La sangre "La tejedora")

y la tejedora, único ser que no es desdeñado, eje y fuente de toda la atmósfera de la casa, perdida en sus pensamientos, realiza su labor en medio de un tiempo sin principio ni fin que exalta el deseo

Sólo tú no eres desdeñada,
pálida que al arrimo de la turbia vidriera,
tejes en paz en la hora gris
tejiendo los minutos de inmemorial espera.

(Ibid)

Ella está sumida en una paz infinita. Sólo se mueven

sus manos, y su cuerpo, ligeramente inclinado, reposa en una silla cerca de la ventana. Se escucha su respiración y la lluvia. Nada ocurre. La tarde cae lentamente y cubre de sombras a los amantes que ni siquiera se miran. Pero dentro del poeta el amor y el deseo son un estruendo, una urgencia contenida por el peso y la densidad de la habitación, una brillantez que raya en la violencia y que, ahí, sería locura:

¡Oh, yo podría poner mis manos
sobre tus hombros de novicia
y sacudirte en loco vértigo
para lograr que cayese sobre mí tu caricia,
cual se sacude un árbol prócer
(que preside las gracias floridas de un vergel)
por arrancarle la primicia
de sus hojas proventas y sus frutos de miel!

(Ibid)

Vamos de la sombra que flota suavemente a la sacudida violenta de esos "hombros de novicia"; de la paz intocable, a la primicia y la carnalidad de la caricia de una virgen. Sin embargo, nada ocurre. Todo es suavidad y sosiego, y todo es tensión y fuerza. El semblante de la amada y el ritmo pausado de sus manos detienen al poeta que, entre la voluptuosidad y la fascinación, se rinde ante la elocuencia de la tejedora que parece balbucir:

"Soy un fragil otoño que teme maltratarse"
e infiltras una casta quietud convaleciente
y se te ama en una tutela suave y leal,

como a una p rvara enfermiza
hallada por el bosque un día de vendaval

(Ibid)

La tejedora continua su labor. El poeta est  alerta pero no la toca. La habitación se llena de una atmósfera de castidad y de erotismo. La casa, entonces, es un recinto que alberga y expulsa y cuya acogedora soledad acaba -- por ser sofocante. El poeta se retira mientras ella sigue tejiendo:

teje la fluıda voz del  ngelus
con el crujido de las puertas:
teje la sístole y la diástole
de los penados corazones
que en la penumbra est n alertas

(Ibid)

La penumbra de la habitación, en la que de pronto se escucha el lamento de las puertas, es la penumbra de los cuerpos en cuyo interior sólo los corazones vivos, carnales, rojos, est n despiertos, se agitan y velan. El poeta sale a la bruma de la calle y camina confundido, devoto, sediento, "propenso a un llanto sin motivo". Lleva la imagen de la habitación que es y est  cargada de la vida que teje la mujer amada; vida y muerte, santidad y pecado, -- "dicha y luto". Al citar casi todo el poema hemos querido instalarnos en el espacio que López Velarde habita y recorrerlo con él palmo a palmo. Vivimos así el contraste y la intensidad del espacio interior y el exterior; el "aden

tro" de la casa, y el "afuera", donde el poeta divaga en medio de la bruma. Y en el adentro descubrimos imágenes distintas que proyectan matices de una sola y esencial - imagen: la del espacio habitado, su soledad, el placer y el dolor que sólo ahí resuenan y repercuten, en el sentido bachelardiano, en el alma del poeta y en la nuestra. Vivimos esa habitación y el amor a la tejedora, nos hundimos en la penumbra y en la tensión de un deseo que - - hierve en silencio mientras ella teje y afuera llueve.

Entonces, en el contexto de este espacio que también alberga sentimientos encontrados, imágenes como ésta ad- .. quieren toda su fuerza y despliegan toda su dimensión:

Mi maquinal dolencia es una caja
de música falible que en lo gris
de un tácito aposento se desgaja

(Zozobra "Introito")

Viajamos de la luz a la oscuridad; de la tristeza - sosegada al dolor que se desgaja. La casa se convierte en un recinto que da consistencia a ese dolor y a esa penum-- bra. Su silencio es, de pronto, infranqueable; su oscuridad, total, absurda. Estamos en una casa que es una tumba. La muerte la transforma y transforma todo lo que hay en -- ella:

Sorda estás para siempre,
el recuerdo me abrasa
y al tocar en la puerta
turba el ruido el silencio de la casa

(Primeras Poesías "Muerta")

Sólo si la casa es para la imaginación un espacio íntimo, una imagen esencial y primitiva, la muerte que ocurre en ella conmueve hasta sus más remotos rincones y perturba el sosiego que tan sólidamente alberga. Es así como entramos en una casa que ha perdido la atmósfera -- que hemos señalado pero que ha adquirido otra igualmente intensa y que revela, con la misma fuerza, un estado de alma, un universo que obsesiona la imaginación del poeta. Salas, recámaras, cocina y patio se enlutan como se enlutan sus habitantes, su silencio, su calor y su calma. - Porque como el amor, la muerte es íntima, esencial, inherente a la vida que ocurre bajo el techo y entre las paredes húmedas. El espacio reconoce esta atmósfera y se pliega a ella ante la muerte:

La casa olía a cirios y a rosas mustias, a las rosas que exhalaban densos perfumes en torno de su lecho de muerte. Por las habitaciones pasaban los rostros de pesadumbre de las hermanas y la madre, enlutadas como fantasmas de leyenda. Mujeres devotas murmuraban rezos en un ángulo de la capilla - ardiente, desmantelada y fría; en la alcoba inmediata se aspiraban las drogas inútiles y parpadeaba una lámpara de aceite; el viento hacía sonar, con un quejido lúgubre, los árboles del patio; la lluvia se anunciaba en rachas glaciales, y cuando llegó el último concurrente al sepelio, la caja azul salió de la capilla en hombros familiares...

(Don de febrero "Su entierro")

La misma casa que albergó a la joven que López Velarde recuerda, es ahora testigo y escenario de su muerte. Todo se transforma y el espacio, frío, tiembla con el parpadeo de -- una lámpara de aceite y se impregna de un olor penetrante -- mezcla de rosas mustias, drogas inútiles y aceite quemado. - La casa se lamenta y sus muros, golpeados por un viento lúgu bre, dan resonancia de caverna a la lluvia y al rezo conti-- nuo y grave de mujeres enlutadas. Espacio y muerte son una misma imagen, se nutren mutuamente y sintetizan el mismo es-- tado de alma. La muerte, contrapeso misterioso y casi car-- nal del frenesí con que López Velarde vive, también habita - el espacio donde puede refugiarse para perderse en el sueño_ de un amor que lo embriaga y lo enciende. López Velarde ha-- bita esa casa y se conmueve con el universo que late entre - sus paredes. Más aún, López Velarde es esa casa; es su paz y su inquietante memoria, su soledad y su erotismo exacerba_ do, urgente, vital y fatal; en ella se despiertan las imáge-- nes de un alma que envuelta en contradicciones, goces y re-- mordimientos, castidad y lujuria, no abandonó nunca el com-- promiso con su imaginación y con su mundo al afirmar, en es-- tas líneas, una adhesión incondicional a ese espacio:

Llevo dentro de mí la rancia soberbia de - aquella casa de altos de mi pueblo (...) - que se conserva deshabitada y cerrada des-- de tiempo inmemorial y que guarda su arre-- glo interior como lo tenía en el momento - de fallecer el ama. No se ha tocado ni -- una silla, ni un candelabro, ni la imagen_ de ningún santo. La cama en que expiró la antigua señora se halla deshecha aún. Yo_ soy como esa casa. Pero he abierto una de mis ventanas para que entre por ella el --

caudal hirviente del sol. Y la lumbre sensual quema mi desamparo, y la sonrisa cálida del astro incendia las sábanas mortuorias, y el rayo fiel calienta la intimidad de mi ruina.

(El minuterero "Fresno y álamos")

Lectores dóciles nos volvemos a encontrar seducidos por el ambiente de la casa que López Velarde es y habita. La paz de sus habitaciones, la muda pero sólida presencia de candelabros e imágenes de santos conviven con el silencio de una atmósfera fúnebre, rancia y soberbia. Y ahí, una ventana se abre. El mundo penetra, llena de voluptuosidad las sábanas mortuorias y quema, ilumina el dolor -- profundo de un alma que, en el umbral de su mundo, se ve en ruinas.

Hay aquí una voz que sólo habíamos sugerido y que ahora escuchamos firme y con grave nitidez. Esa voz es precisamente la del dolor, la de un dolor profundo, árido pero expresado con imágenes llenas de resonancias. Pero la casa, si bien mantiene entre sus muros los ecos esenciales de esa voz, ya no es, para la imaginación de López Velarde, el espacio más adherido a ella. Así, y siguiendo el recorrido que nos proponemos y que nos pide la obra de López Velarde, penetramos en otro recinto que alberga las imágenes y los sueños del espacio habitado: la iglesia.

III

Alta, como salida de la tierra con misteriosa lentitud o depositada en ella por una fuerza divina, la iglesia encierra un espacio seguro, solemne y sobrecogedor. Escenario de fiestas jubilosas y de oficios fúnebres, es también un refugio, un rincón húmedo y solitario en el que la vida difícil de la calle parece desprenderse de su absurdo. Como en la casa, al penetrar el silencio de los recintos de una iglesia, el alma sueña y realiza su función de habitar pues para la imaginación "todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa".⁽²⁴⁾ Todos los albergues, todos los refugios, todos los lugares donde el alma se cubre, se protege y goza o padece su más íntima soledad poseen valores que despiertan constantemente el sueño del espacio habitado.⁽²⁵⁾

Pero la iglesia posee un valor adicional. En ella, creyente o no, el hombre vive en comunicación con Dios. Es la "Casa de Dios"; es un espacio sagrado.⁽²⁶⁾ En su interior se manifiestan las creencias religiosas de una colectividad formada por individuos que se sienten unidos porque se representan de la misma manera el mundo sagrado y sus relaciones con el profano, y porque comparten esta experiencia con prácticas idénticas. En es

24. Bachelard. La poética del espacio, p. 35

25. Loc. cit.

26. Para un estudio detallado del valor del espacio sagrado en oposición al profano, así como de las diferentes concepciones del mundo que de ahí se desprenden y se mantienen en íntima relación, véase Mircea Eliade, Lo sagrado y lo profano, - Madrid, Guadarrama, 1973, pp. 185, principalmente el capítulo I. Es interesante subrayar que Eliade se propone en este libro un estudio psicológico y fenomenológico de la experiencia religiosa del hombre ante lo sagrado y lo profano.

te sentido religión e iglesia son inseparables. Los ritos, fiestas y celebraciones que en su interior se realizan llenan su espacio y lo dotan de una atmósfera que revela una experiencia y un pensamiento religiosos según las normas, preceptos y dogmas de una religión determinada, en este caso la cristiana.

La iglesia es, pues, un universo abierto y cerrado; pone a los hombres en comunicación con las fuerzas divinas, establece lazos de unión entre ellos, y despierta - en el fondo de su interior las imágenes de un espacio propio, íntimo, esencial.

López Velarde, evidentemente formado en el cristianismo, conocedor de la Biblia y de la liturgia católica, al penetrar el espacio de la iglesia vive con sorprendente intensidad la confluencia de fuerzas contradictorias, equivalentes y constantes que lo atraen y lo repelen. En medio de su inconsolable soledad y seducido por la elocuencia del amor y de los misterios cristianos y por la fuerza simbólica de sus oficios divinos, se entrega por momentos a la seguridad y consistencia del espacio sagrado. Pero en la cima de esa experiencia devota el poderoso llamado de la carne y del instinto, paradigmas del pecado y del mal, se adueña de su energía y lo obliga a internarse con igual convicción en los terrenos del mundo pagano. Razón y Cuerpo, Santidad y Pecado, Bien y Mal, se debaten en él sin tregua ni rendición.⁽²⁷⁾ La vida, -

27. Es claro que un estudio de la obra de López Velarde que buscara rastrear y explicar los sutiles y complicados movimientos de su experiencia y pensamiento religiosos, sería útil y enriquecedor. Sin embargo, semejante tarea exigiría todo un volumen y se plantearía objetivos muy distintos a los que aquí nos hemos propuesto.

entonces, es un continuo movimiento pendular entre estos dos extremos a los que se entrega indistinta e incluso - simultáneamente. Sin embargo, fiel a sí mismo y más - fuerte que las hondas angustias que de esas luchas se -- desprenden, su voz, dramática y lúcida, conserva su temple.

El recinto de la Iglesia que López Velarde habita es, pues, el lugar propicio para alcanzar las sutiles y secretas resonancias de esa voz que, como hemos dicho, - expresa con extraña habilidad los distintos momentos de su erotismo paradójico y, en este contexto, peligroso y temerario. Así, desde la alegría del sonido de las cam panas que llaman a misa y a los rosarios vespertinos un domingo de provincia, hasta la sobrecogedora soledad de su nave desierta, pasando por la inquietante penumbra - en la que se hunde el confesionario al caer la tarde, - la iglesia de López Velarde expresa la intimidad de su alma eternamente insatisfecha. Descubrimos entonces, - nuevamente, la dimensión de su soledad y la fuerza subterránea de su dolor.

Porque la iglesia, como la casa, es ante todo un albergue, un refugio, un lugar que señala la frontera - entre el caos del mundo exterior y la quietud inherente al espacio habitado. En ella el poeta, sensible además a su atmósfera sagrada, se siente protegido por la presencia de fuerzas divinas que lo invitan a hablar, a -- confesarse:

Señora: llego a Ti
desde las tenebrosas anarquías
del pensamiento y la conducta, para

aspirar los naranjos
 de elección, que florecen
 en tu atrio, con una
 nieve nupcial... Y entro
 a tu Santuario, como un herido
 a las hondas quietudes hospicianas
 en que sólo se escucha
 el toque saludable de una esquila.

(La sangre... "A la patrona de mi pueblo")

Desconsolado y herido, acaso aún a tientas en la cerrada oscuridad del mundo y de la vida a los que se ha entregado, el poeta busca refugio en el silencio de un santuario. Pero la atmósfera que ahí se respira no sólo está cargada de una paz divina. El sutil aroma de los naranjos cultivados en el atrio y que casi florecen ante los ojos - del poeta envolviéndolo en la blancura nupcial de sus flores, penetran su alma, llenan el espacio y lo consuelan. - Vamos de la tiniebla a la serenidad de la luz que reposa - en un jardín; del caos del pensamiento y la conducta a la quietud de un santuario en el que sólo se escucha, como un bálsamo, el sonido intermitente de una campanilla.

López Velarde se refugia y se confiesa; nos lleva a un espacio íntimo que sintetiza el sueño de la soledad protegida y que a la vez da resonancia a las voces de su alma devota. Pero devota ahí, en ese momento de rendición, de agotamiento, en el que las contradicciones que vive alcanzan un extremo. Momento de devoción pero también de cobardía:

Cobardemente clamo, desde el centro
de mis intensidades corrosivas,
a mi parroquia, al ave moderada,
a la flor quieta y a las aguas vivas.

(Zozobra "El minuto cobarde")

Así, la misma vida llena de placeres paganos, de pronto, por insondable combinación de los elementos que luchan en su interior, lo corroe, lo hunde en las tinieblas y en el caos. Entonces, con humildad, clama por ese espacio sagrado que lo protegió y en el que todavía su alma se instala y puede, al final de su vida, recuperar la paz perdida al elevar una oración llena de esperanza:

Y yo anhelo, Señora,
que en mi tiniebla pongas para siempre
una rojiza aspiración, hermana
del inmóvil incendio de tus torres,
y que me dejes ir
en mi última década
a tu nave, cardíaco
y gotoso, y ya trémulo,
para elevarte mi oración asmática
junto al mismo cancel
que oyó mi prez valiente,
en aquella alborada en que soñé
prender a un blanco pecho
una fecunda rama de azahar.

(La sangre... "A la patrona de mi pueblo")

La imagen de la iglesia sintetiza, en su realidad física, religiosa y onírica, el drama de un alma devota pero agitada por los poderosos llamados del deseo. Vemos entonces al poeta, tambaleante, viejo, con el semblante y el cuerpo sombríos, entrar en la quietud de su iglesia natal y, en una mezcla de fervor, de humildad y derrota, elevar su voz en una oración que revela su adhesión a ese espacio.

Pero la fuerza que sobre el poeta ejercen los recintos de la iglesia, para su imaginación, rebasa la atmósfera de su santuario. Alta, sólidamente construida, fúnebre, su presencia domina el horizonte como un rasgo de la vida que ocurre afuera:

Vestida de luto eres,
 Nuestra Señora de la Soledad,
 un triángulo sombrío
 que preside la lúcida neblina
 del Valle; la arboleda que se arropa
 de las cocinas en el humo lento;
 la familiaridad de las montañas;
 el caserío de estallante cal;
 el bienestar oscuro del rebaño,
 y la dicha radiante de los hombres.

(Ibid.)

Erguida en lo más alto de la pequeña ciudad, la iglesia es para López Velarde una presencia dominante y una mirada tierna que vigila la vida que a su alrededor transcurre. Las tinieblas que acompañan al poeta se di

suelven en la atmósfera divina que parece emanar del templo y que se extiende a todo el paisaje. Así, López Velarde -- nos lleva desde el interior del santuario a las tranquilas_ calles de su pueblo natal donde el humo lento e íntimo de - las cocinas viste de cenizas las ramas de los árboles y la_ blancura impecable de las casas nos deslumbra. Y ahí, en - medio del silencio cotidiano, respaldado por el horizonte - de montañas, nos sorprende llamando

el bronce, loco de risa,
de la traviesa campana.

(La sangre... "Viaje al terruño")

Entonces las calles se animan con los fieles que van a misa mientras a las ventanas se asoman los rostros frescos y redondos de las aldeanas que primero cautivaron al poeta:

En el encanto de la humilde calle
sois a un tiempo, asomadas a la reja,
el son de las esquilas, la alternada queja
de las palomas, y el olor del valle.

(La sangre... "A la gracia primitiva de las aldeanas")

Mujeres sencillas y enigmáticas cuya expresión sintetiza el sonido de las campanas que llaman a la misa vespertina, el coqueteo de palomas mimadas y el aroma a tierra fértil, acaso mojada, del valle que rodea las casas. López Velarde sueña y recuerda; vive en un solo instante la in--

mensidad de ese espacio que le es íntimo y en el que su alma agitada por fuerzas opuestas se apacigua. Pero hay aquí un movimiento que debemos señalar. El mundo "exterior" y el "interior", para la imaginación de López Velarde se han hecho uno solo. Casa, pueblo e iglesia natales; calles, valles y montañas, se convierten de golpe en una sola imagen del espacio habitado donde el poeta busca y encuentra resguardo. La imaginación se expande, crea una atmósfera que va del rincón más pequeño a la extensión de un horizonte; construye y puebla una casa, una iglesia, una calle, un universo en cuyo interior el poeta se protege, pero también crece. Dicho de otro modo "el espacio se le aparece entonces al poeta - como el sujeto del verbo desplegarse, del verbo crecer. En cuanto un espacio es un valor - ¿hay acaso un valor más grande que la intimidad? - crece. El espacio valuado es un verbo; en nosotros o fuera de nosotros, la - - 'grandeza' no es jamás un 'objeto'" (28)

El espacio de la iglesia de López Velarde va entonces de la soledad de su santuario al rostro casto y encendido de las aldeanas; del sonido de las campanas al olor a tierra húmeda del valle en una mutua y constante relación. Sin embargo, en el seno mismo de ese universo las fuerzas opuestas de López Velarde persisten en su lucha nunca resuelta, padecida y a la vez gozada. El mundo de la iglesia y la religión cristiana se enfrenta con el deseo del poeta que no teme confesar su ambigüedad. -

28. Ibid, p. 240. Sin duda el espacio de la casa que López Velarde habita también es un valor que le permite crecer y expandirse. Sin embargo, la imagen de la iglesia, acaso por su carácter sagrado, nos parece que muestra más claramente ese desplegarse de la imaginación de López Velarde a todo el paisaje, a "su provincia".

Así, al participar en la ceremonia del Pésame a la Virgen, un Viernes Santo, las voces femeninas que entonan los misterios lo seducen y lo invitan, pero también resaltan su sensualidad:

Voces de mujer subrayan los Misterios, y - las gorjas cantantes sugiérenme señoritas_ cuyos nombres concuerdan la benevolencia - de la melodía con la autoridad del arcán-- gel: Micaela o Gabriela... Invítanme y me pregunto si ha venido el instante de consagrarme a las atrofias cristianas. Quisiera decidirme en esta misma fecha y en este mismo lugar; pero temo a mi vigor, pues -- las líneas del mundo todavía me persuaden_ y aun me embargan las bienhechoras sinfo-- nías corporales.

(El minuterero "Viernes Santo")

Seducido por la misteriosa dulzura de las voces y por la autoridad religiosa que proyectan, López Velarde sueña - en toda su complejidad el espacio de la iglesia. Pero ahí, en el mismo instante, siente correr por las venas su sangre vigorosa y apasionada. La iglesia es un recinto en el que_ confluyen las fuerzas que dan identidad al poeta. Incapaz_ de decidirse, acaso sin el deseo de hacerlo, vive en ese espacio su pasión religiosa y su pasión amorosa que, expresadas simultáneamente, son una sola imagen, una sola voz, un_ solo deseo. La iglesia de López Velarde es, pues, religio- sa y erótica; en ella el poeta siente el pulso de la divini- dad y la siempre voluptuosa cercanía de la mujer:

Y ante el viejo altar, estando el templo de
 sierto, mientras las lamparillas de aceite_
 parpadean vigilantes, ¿no hemos escuchado -
 los sollozos de un dulce fantasma, que ha -
 vivido veintidós primaveras y que quizá nos
 ama, según llora desde que la ilusión se ha
 eclipsado?

(Don de febrero "La dolorosa")

En medio de la soledad del templo, hundido en la -
 penumbra que oscila con el débil parpadeo de las lámpa-
 ras de aceite y tal vez a la mitad de una oración silen-
 ciosa y devota, el poeta escucha el llanto de una mujer
 invisible o inadvertida cuya presencia repentina tensa_
 la atmósfera.

El templo hace de ese fantasma una imagen sagrada,
 casta, intocable; y el llanto femenino hace del templo_
 un espacio cargado de erotismo.

Es así como la atmósfera y los objetos de la igle-
 sia se confunden con la imagen de la amada y se nutren_
 mutuamente para expresar, con sobrecogedora sencillez,-
 la intimidad de un alma dividida que recuerda:

Tus ojos tristes, de mirar incierto,
 recuérdanme dos lámparas prendidas
 en la penumbra de un altar desierto.

(Primeras Poesías "Elogio a Fuensanta")

Estamos frente a la mujer amada que nos mira y --
simultáneamente recogidos en las sombras de una iglesia.
Enamorado y melancólico, López Velarde proyecta en una_
sola imagen el alcance de su erotismo y de su espacio -
a tal grado, que llega un momento en que la fusión es -
total.

Y exento de pagano sensualismo
el fulgor de tus ojos es el mismo
que el de las brasas en el incensario.

(La sangre... "Poema de vejez y de amor")

Sensualidad sagrada, contenida pero ineludible; -
todo ocurre al mismo tiempo, en una sola mirada. Y ahí,
al borde siempre, terriblemente cerca de la piel suave_
de la amada y paralizado por la naturaleza contradicto-
ria de su deseo, el poeta llora en silencio la muerte -
de un amor secreto que nunca acaba de consumarse.

Tus hombros son como un ara
en que la rosa contrita
de un pésame sin sollozos
húmeda se deshojara.

(La sangre... "Tus hombros son como un ara")

Amor, dolor y muerte se extienden sobre el altar,
sobre los hombros virginales de una mujer casta y tris-
te, pero húmeda, olorosa, sensual. El poeta se reclina
en ella, le rinde culto a ese amor y a la fuerza de esa
pasión:

Tus hombros son buenos para
 un llanto copioso y mudo...
 Amor, suave Amor, Amor,
 tus hombros son como un ara.

(Ibid.)

Pero entonces, temerario, consciente del poder de su deseo, el poeta da un paso más. No basta la contemplación: la castidad y la pasión, el orden y el caos deben unirse - pues para López Velarde son, en los rincones más profundos de su intimidad, un mismo espacio, una misma imagen, un -- solo anhelo:

Tu paz - ¡oh paz de cada día!-
 y mi dolor que es inmortal,
 se han de casar, Amada mía,
 en una noche cuaresmal.

Quizá en un Viernes de Dolores,
 cuando se anuncian ya las flores
 y en el altar que huele a lirios
 el casto pecho de María
 sufre por nos siete martirios

(La sangre... "Cuaresmal")

En una noche fúnebre y en un espacio sagrado, rodeado de fieles y para sí mismo, López Velarde celebra un matrimonio transgresor, secreto, estéril. Algo en él se rebela, se asusta y se enciende. La iglesia se convierte - así en un recinto que alberga una atmósfera cargada; en -

ella flotan una paz saludable y un dolor ancestral, una casta aspiración y un deseo infernal.

Consciente de las implicaciones de esta dualidad y como si mirara por encima de su propio hombro, demasiado audaz y suficientemente lúcido como para desandar el camino recorrido, el poeta contempla entonces la oscuridad de su alma que emerge de la bruma como una iglesia fantasmal:

Y el alma, cera ayer, se petrifica
 como los rosetones coloniales
 de una iglesia con lama, que complica
 su fachada borrosa con el humo
 inveterado de los temporales

(Zozobra "Introito")

La misma iglesia que cubría con su presencia todo el paisaje comunicando a los hombres una "dicha radiante", es ahora la imagen de la muerte. La atmósfera cambia, se endurece, se enrarece, pesa. Pero ahí, perdido en su soledad y en la extensión de su desconsuelo, la fúnebre arquitectura del templo es también el único, misterioso, -- signo vital:

No más señal viviente, que los ecos
 de una llamada a misa, en el misterio
 de una capilla oceánica, a lo lejos.

(El son... "El sueño de los guantes negros")

Sin embargo, en el interior de esa iglesia que se confunde con la noche, se celebra una misa de cuerpo -- presente. Sombrío y desierto, el espacio del templo penetra el alma del poeta, la abarca, la invade:

No soy más que una nave de parroquia en penuria,
nave en que se celebran eternos funerales,
porque una lluvia terca no permite
sacar el ataúd a las calles rurales

(Zozobra "Hoy como nunca")

Espacio y muerte son, de nuevo, una misma imagen, un mismo estado del alma. La iglesia es la proyección de un dolor y la profundidad de una tumba. La imaginación - del poeta alcanza así el nivel necesario para que los - - ecos de su voz pueblen todo el espacio en una solución de continuidad entre el recinto de la iglesia y su propia interior:

Fuera de mí, la lluvia; dentro de mí, el clamor
cavernoso y creciente de un salmista

(Ibid.)

A lo largo de toda la obra de López Velarde, directa o indirectamente, las resonancias de esa voz subterránea - expresan la tensión y la dimensión del espacio que el poeta habita; su tristeza inconsolable, su amor exacerbado, - fatal; su fe sincera y su soledad eterna. Dotado de una - fuerza descomunal para hacer frente a las contradicciones__

y ambigüedades de su vida sin extraviarse en los laberintos de la palabra, López Velarde nos hace habitantes de su mundo. En este sentido, y ya dueños de su espacio, vivimos -- con él la misteriosa sensualidad de su dolor que asume como un destino:

Hoy mi tristeza no es tumulto, sino profundidad.
No tormenta cuyos riesgos puedan eludirse, sino
despojo inviolable y permanente del naufragio.

(El minuterero "Fresnos y álamos")

la tierra o la ambigüedad enamorada

I

La luz se desprende del cielo como una bendición y se extiende suavemente sobre un valle húmedo y florido. A lo lejos el pardo perfil de las montañas protege silencioso la paz evangélica del campo en que se asienta la pequeña ciudad. En el centro, rodeada de casas, humilde - pero esbelta, la parroquia del pueblo se yergue familiar. Los árboles, las chimeneas y las calles exhalan el aliento apacible de una tarde que cae o de una brillante mañana que se desentume. Hay un aroma a incienso y a pan -- que penetra las piedras, las bardas, el verde mohoso de las macetas y el barro de los barbechos. La vida, sin detenerse, flota; late en el barullo ingenuo de los oficios, en los cascotes de las mulas y en el hierro de las ventanas que rechinan al entornarse. Detrás de ellas, casi inmóviles, las santas mujeres tejen en silencio el ritmo de su convalecencia sin dolor o los minutos de su inútil espera. Durante el día el poeta ha estado vagando por las calles empinadas de su recuerdo; durante el día la tierra natal lo ha envuelto en un abrazo ancestral, aromoso, tibio. Pero en el instante en que el paisaje es todo sosiego incluso en la blanda neblina que ronda el cementerio, el cielo y la tierra misma se violentan. Los santos de la parroquia subrayan la lobreguez de sus penas; la nítida distancia del cielo cae en el vacío y la tierra abre sus abismos entre los bordes de cada sepultura. Las campanas de la iglesia llaman a misa de difuntos y las mujeres, deliciosamente vestidas de luto, se estremecen en secreto ante los ojos encendidos y la respiración del hombre que las mira pasar. El edén se subvierte. La vida urge y pesa; la carne se aferra temerosa y sensual a los huesos al concebir el ambiguo ademán de una caricia. López Velarde siente entonces todo su peso sobre una tierra florida y bestial; generosa e ingrata.

Y no se equivoca. Para su imaginación el mundo es esa ruptura que inaugura la zozobra, el canto desesperado de un espíritu que se resiste a claudicar en favor del -- cristiano indeciso o del pecador vulgar que viven en su interior. Drama del espíritu pero también del mundo, condensado en las imágenes de esa tierra en la que el poeta encuentra su elemento, su temperamento onírico fundamental⁽²⁹⁾. El poeta sueña un mundo que quiere mostrar y en la mostración, en la escritura, ese mundo lo sueña a él y le revela una sustancia que expresa su intimidad⁽³⁰⁾. Así, López Velarde, "construye" una tierra a imagen y semejanza de sí mismo; toma de ella la vida onírica que contiene, y la transforma. La soledad desde la que habla se viste con sus paisajes y se nutre con sus desiertos; se consuela con los sueños del pueblo natal, la infancia y el amor primero, y se consume bajo el sol ardiente que quema su desamparo al sucumbir, en un instante violento y enceguedor, al cortejo femenino de la carne por lo que vive un íntimo destierro. En este sentido, la tierra que López Velarde imagina reúne las dos obsesiones de su alma en -- una doble participación, participación⁽³¹⁾ del bien y del mal, del Ángel de la fertilidad y del Demonio de la esterilidad.

Y esa ambigüedad que sin duda es desgarradora también es fulgurante. Vivida con temeraria lucidez e incluso altanería, sólo en ella el poeta experimenta el vigor de la vida. En el seno de la ruptura se produce el en --

29. Cf. Bachelard. El agua y los sueños. p.13. Véase también, en la misma obra, p. 7 a 9, donde Bachelard define y explica la diferencia entre lo que él llama imaginación formal e imaginación material.

30. Cf. Bachelard La terre et les rêveries du repos, p.4

31. Cf. Bachelard. El agua y los sueños, p.24

cuentro, el nacimiento de sí mismo; en otras palabras, -- "en vez de borrar uno de los dos aspectos contradictorios de su ser, aprende a hacerlos convivir dentro de sí fomentando un incesante diálogo, un conflicto que se nutre de sí mismo. De este modo concilia monoteísmo y poligamia, Cristo y Mahoma"(32). La tierra, entonces, se convierte en un horizonte que se forma en la confluencia de la intensidad de la vida con la intensidad de la muerte, o -- más aún, la Madre Tierra, paradigma de la Creación y ámbito exclusivo para la expresión del amor a Fuensanta, - se mezcla en una solución alquímica con la bestialidad de las pasiones mundanas creándose así una sola y voluptuosa concepción de la vida. Porque el que ama el más inferior de sus pecados tanto como la más alta de sus -- creencias y, no obstante el dolor, no se arredra ni muerde sus palabras que lo denuncian y lo expresan, sabe - y ese saber casi lo asfixia -, que se entrega sólo a la -- inefable conciencia de poseer la vida y que, al final, - sólo a ella habrá de rendir cuentas. De la miseria a la grandeza del hombre erguido sobre la tierra, a cada paso, en cada gesto, López Velarde vive un compromiso, un sortilegio:

La Vida entrégase desmayada, de cara al cenit,
tremolando sus cabellos encima de las aguas --
eternas. Sería infame, por lasitud de nues --
tros brazos, arrastrar en la arena su pelo. -
Con ella no podemos llamar a engaño: no nos ha
dicho que sea buena, no nos ha dicho que sea -
mala; entre filtro y filtro, de una atrocidad

32. Villaurrutia op.cit. p. 129

a una misericordia, nos ha enseñado que es hechicera.

(El minutero "Oración fúnebre")

Y el hechizo es ausencia de voluntad - o voluntad_ sometida - pero encuentro con el deseo de ese cuerpo que se entrega desmayado y en el cual todo reside y todo se consume. En la obra de López Velarde, las imágenes terrenales describen el trayecto de esa experiencia; la -- lenta maduración de los frutos de su imaginación que acaban por fermentarse en un solo canto en que vibran las -- notas del suave cristianismo y el coro exuberante, selvático, de las peligrosas sinfonías corporales.

II

Tal vez la zona más plena de la memoria es la que alberga a la infancia. Al soltarse el resorte que la -- contiene el mundo se expande y se ordena a partir de una sola sensación, la de llenarse nuevamente de esa pleni-- tud de la existencia que el tiempo y la razón acaban por desvanecer. Porque feliz o desgraciado el recuerdo de -- la infancia alberga la íntima experiencia de saberse vivo; mantiene intacta la intensa duración de ese primer -- asombro. Un hombre sin niñez que recordar cuando en soledad dirige la mirada hacia lo esencial de sí mismo, -- carecería de peso, de dirección. A la deriva en la quietud oscuridad de semejante ausencia la vida sería ya un -- paso en el territorio de la muerte, un viaje sin destino

entre cielo y tierra; en el vacío. La memoria de la infancia es la memoria por excelencia y padecer su olvido_ es vivir en el vértigo del anonimato, de la no identidad.

Pero hay para quienes en la dura continuidad de su presente la infancia es un constante rumor. Ligados a ella y sin embargo adultos seguros de su madurez, penetran en ella no sólo para recuperar el rostro que tuvieron sino también para tocar el que poseen. Entonces el recuerdo se desborda y, sin sustituir al presente, lo enriquece, lo dilata como las sombras a un paisaje bajo el sol. El niño y el hombre se reconocen. Recordar así, - más que un acto de la memoria, es una experiencia de la sensualidad; de una sensualidad que carece de tiempo o - que, en todo caso, pertenece al pasado tanto como al presente e incluso a los sueños del porvenir. En este sentido, fértil en su tristeza y apacible aun en su tumulto, la evocación de la infancia trasciende la primera sensación del encuentro con el pasado. Más allá, refuerza la dulzura y el dolor que hoy, como siempre, acarrea la perpetua continuidad de la vida. Es un nacimiento prolongado cuya duración no puede precisarse.

En la obra de López Velarde la evocación de la infancia es ese rumor. El adulto atormentado convive con el niño y el adolescente. El recuerdo de la tierra natal establece la paz del paraíso sin borrar la conciencia de su abandono. Es precisamente esta fidelidad al paisaje de su niñez lo que por momentos hace tan desgarradora la experiencia del pecado, pero también lo que le da un contrapeso. Así, junto a "las tenebrosas anarquías/del pensamiento y la conducta" (V. infra p. 45), - el paisaje que revive en otro momento al soñar la llegada al pueblo natal está envuelto en una luz suave y - —

transparente:

Por las tapias la verdura
del jazmín cuelga a la calle,
y respira todo el valle
melancólica ternura

(La sangre... "Viaje al terruño")

En el jazmín vive la naturaleza entera. El espíritu se serena al reencontrar la fertilidad primitiva de la tierra; el ritmo pausado de la vida que parece recostarse sobre la ciudad bajo un cielo franco que se funde con el valle en los reflejos de una mañana o en la humedad de una tarde de primavera. En otro poema el canto de una alondra dibuja más claramente esa fusión, esa integridad del mundo de la infancia, a la vez que mantiene la difícil soledad del presente. El canto de la alondra rasga el sueño del poeta una madrugada en que funge "interinamente de árabe sin hurí" y el mundo de antaño y el de ahora se condensan bajo la misma luz que el poeta agradece:

Gracias por el saludo en que esta embajadora
del alba, me ha traído un mensaje de abril;
gracias porque el temblor de su canto se funde
con las madrugadoras esquilas de mi tierra,
y porque el sol que tiembla en sus alas no es otro
que el que baña la casa en que nací, y el valle
azul, y la azul sierra.

(La sangre... "Me despierta una alondra

Campos, valles y montañas descansan bajo la misma luz. El recuerdo de la infancia es el del paraíso terrenal cuya armonía jamás olvida el poeta. Es precisamente su tierra, su lugar de origen, el paisaje de la infancia y la infancia misma, la materia que contiene la primitiva sensación de la vida y la que en el lecho frío del -- soltero emigrado a la bulliciosa ciudad deja oír su canto siempre vigente, ya sea como doloroso recuerdo del -- bien perdido o como remanso en la tortuosa línea del presente. Así, infancia y paisaje, pureza de la vida y tierra generosa, se funden en una sola imagen material cuyo nombre, al pronunciarse, revive la dulzura de ese mundo y la conciencia de su abandono. No en balde López Velar de pone en boca de un caminante -- signo del hombre terrestre -- un detallado elogio de la tierra que lo vio nacer pronunciando con "fervor patético" precisamente en -- el momento en que se dispone a abandonarla:

"¡Bien hayas tierra noble y hospitalaria que embelesaste mi espíritu con el espectáculo saludable de tu vida: del reloj antiguo del campanario se desprenden las horas en armonías -- trémulas que se esparcen por la serenidad del ambiente y sobre el tablero ceniciento de tus llanuras! Y con la misma regularidad de las horas, ruedan las existencias de la comarca. En ti, generosa tierra, los árboles dan frutos, que lo mismo embalsaman la atmósfera que el jardín ideal de los paraísos interiores; -- tus auras benignas refrescan, con su contacto de suavidad, el sueño con que florecen las juventudes y la desesperanza en que se marchitan las vejeces. En ti agoniza el trajín mundano con la mansedumbre fatal de una ola. En

tus huertos rústicos, en tus casas aldeanas, en tus calles muertas y en la fecundidad de tus sementeras, se abre la rosa de la paz. - La sombra bienhechora de tus alamedas protege los paseos vespertinos de las mozas y de los párvulos. Tu sol vivifica, tarde por tarde, los cuerpos y el anhelo de los ancianos que se sientan en corro en el atrio a recibir la limosna de luz para las pupilas caducas, y la merced del calor para los huesos fríos."

(Don de febrero "El caminante")

Y el elogio continúa. Memoria e imaginación se confunden en la expresión de ese mundo que transcurre con regularidad paradisíaca. Dentro y fuera del alma el paisaje es el mismo; la armonía total. Pero el caminante se despierta. El texto es un acto de fidelidad y de abandono. El deseo que bulle más allá de las fronteras de ese mundo — y que el poeta reconoce —, emerge como un llamado imperioso que lleva consigo el germen de un destino muy diferente -- del que tendría si permaneciera ahí. El caminante lo sabe y al final de su elogio, antes de que el viento disperse su voz, confiesa su esperanza de volver:

"Quizá vuelva a ti en los días de mi senectud, a mirar desde mi desencanto cómo crecen los niños y las ilusiones de la gente nueva; y entre tus muros patriarcales me extinguiré, oh tierra caritativa, con la nieve del último invierno".

(Ibid)

Vejez y desencanto son los rasgos finales de ese destino que se inicia en el momento de partir. Volver es una esperanza que reitera la fidelidad a la tierra que se abandona y que es el ámbito y la sustancia de la infancia, la primera juventud y el amor a Fuensanta.

Porque en la memoria y en el presente del poeta el amor a Fuensanta vive y se extiende en la atmósfera del pueblo natal. La santa fertilidad de la naturaleza es la misma que el poeta ve en su primera mujer a la que jamás tuvo acceso. Así, al confesar su amor, sus palabras son ya parte del paisaje:

Y con la dicha de palomas que huyen
del convento en que estaban prisioneras
y se van lejos, bajo la promesa
azul del firmamento
y sobre lo florido de la tierra,
así vuelan a verte en otros climas
¡oh santa, oh amadísima, oh enferma!
estos versos de infancia que brotaron
bajo el imperio de la Primavera.

(La sangre... "En el reinado de la primavera")

Por encima de la distancia y el tiempo la permanencia del primer amor en el alma del poeta será siempre un punto de referencia. Cuando el sentido trágico de la vida proyecte la densidad de su sombra sobre el mundo, el rumor de ese amor y de ese paisaje provinciano será un consuelo, inútil tal vez, pero a fin de cuentas inseparable de la historia no sólo personal sino también literaria del poeta.

La fertilidad de la tierra natal, la infancia y el primer amor están sólidamente unidos. Hablar de uno sugiere el otro y aunque con el tiempo su presencia ayuda a radicalizar las contradicciones internas del poeta, no desaparece. Igual que el viajero que se nutre del recuerdo casi carnal de su país de origen para comprender o afrontar mejor su condición de extranjero en todas partes; la infancia y la primera juventud de López Velarde son, más que memoria desempolvada, un estado del alma -- que no perturba la intensidad del presente. Mantener -- ese estado, ya en otro plano, es además una responsabilidad: la de no perder aquella primera capacidad de asombro ni siquiera ante las más severas experiencias de la madurez⁽³³⁾. Un hombre que se plantea tal compromiso se sabe profundamente vulnerable; nada hay, en su mundo, -- que no conmueva las fibras más íntimas de su ser. Antes que la razón pone en juego la sensualidad que, a su vez, es su única fuente de energía, su fortaleza. De ahí el frenesí, el furor de gozar y la docilidad con la que se entrega al hechizo que ejercen sobre él, individualmente y en conjunto, los distintos aspectos de la vida. Así, desde sus Primeras poesías, López Velarde expresa su íntima adhesión a ese mundo en el que, en compañía de su Amada, soñó algún día dejar transcurrir su existencia -- sin más aspiración que la de cumplir cristianamente las leyes de la naturaleza:

Esta novia del alma con quien soñé en un día
fundar el paraíso de una casa risueña
y echar, pescando amores, en el mar de la vida
mis redes, a la usanza de la edad evangélica,

33. Cf. Cuesta "La provincia de López Velarde" p. 247 y 249

es blanca como la hostia de la primera misa
 que en una azul mañana miró decir la tierra,
 luce negros los ojos, la túnica sombría
 y en ungir las heridas las manos beneméritas.

Dormir en paz se puede sobre sus castos senos
 de nieve, que beatos se hinchan como frutas
 en la heredad de Cristo, celeste jardinero

(Primeras poesías "Ella")

La imagen de Fuensanta y el paraíso terrenal vivido en la infancia ocupan un mismo espacio y se expresan con la misma materia. Ella es el Bien, la santa fertilidad de una tierra cultivada por un dios jardinero, caritativo y, como ella, eterno. Y el sueño, aunque no se cumple, como tal es ya una realidad en el alma del poeta; realidad que le provoca distintos y encontrados sentimientos, ante la que se rebela y que a la vez le produce una nostalgia dolorosa, que lo cura del mismo modo que lo atrofia, pero a fin de cuentas un peso indiscutible en el vacilante equilibrio de su balanza.

Así, viviendo un íntimo destierro, obsesionado con la intransigencia del tiempo que hace del hombre un ser caduco desde que nace, un ser incapaz de vencer su contingencia ni siquiera a través de la paternidad, el poeta se enfrenta al drama de un amor en el que Ella es la pureza y él la cizaña. Es, desde el principio, un amor imposible, marcado por un erotismo fatal. Amar a la Virgen es contaminarla con el deseo; pero no amarla es mutilarse⁽³⁴⁾. Sin embargo, esta paradoja es ya un poderoso vínculo tensado por dos fuerzas que a pesar de ser contradictorias, en López Velarde no sólo conviven sino también se mezclan:

34. Cf. Paz Octavio "El camino de la pasión" p. 92-93

la sangre y la devoción. Devoción sangrienta, insufrible; y sangre devota, casi mística. Es ésta una solución alquímica en perpetua combustión de cuyos fulgores y cenizas el poeta se nutre. Pero para ello es necesario el secreto; - la más profunda y solitaria intimidad. Entre Fuensanta y López Velarde media así una distancia insalvable que, dramática en sí misma, mantiene encendida la llama del amor. El secreto, la distancia, la muerte, hacen de Fuensanta un ser perfecto, ideal, y la protegen de un deseo insoslayable vivido como perverso. Por esto, ella detenta en la tierra el poder divino. Ante su inefable presencia el mundo humano, el bajo mundo de las pasiones, embriagador pero estéril, se transforma; recibe un poco de esa sustancia -- etérea y benefactora mediante la cual el poeta sueña abandonar por un instante la ruda batalla de mantenerse vivo - en la devastada extensión de su soledad. Entonces, y sólo entonces, el corazón del poeta se transforma:

Y así te imploro, Fuensanta, que en mi corazón camines
para que tus pies aromen la pecaminosa entraña,
cuyos senderos polvosos y desolados jardines
te han de devolver en rosas la más estéril cizaña

(La sangre... "Para tus pies")

Evocar, llamar, nombrar a Fuensanta es materializarla en el espíritu sin tocarla y hacer del desierto un paraíso. Los pies, acaso la parte más terrenal del cuerpo humano, -- son aquí la esencia de la fertilidad; fertilidad de la tierra soñada y de la tierra natal cuyo paradigma es Fuensanta. Violentamente deseada pero intocable, generadora de la vida pero Virgen, lo más sutil de su presencia -- su aroma y su voz -- basta para convertir la enfermedad en salud y el invierno interior en santa primavera:

Por ti el estar enfermo es estar sano;
 nada son para ti todos los cuentos
 que en la remota infancia
 divierten al mortal;
 porque hueles mejor que la fragancia
 de encantados jardines soñolientos,
 y porque eres más diáfana, bien mío,
 que el diáfano palacio de cristal.

Pero con ser así tu poderío
 permite que te ofrezca el pobre don
 del viejo parque de mi corazón.
 Está en diciembre, pero con tu cántico
 tendrá las rosas de un abril romántico.

(La sangre... "Ofrenda romántica")

Sólo Fuensanta tiene ese poder. Sólo ella hace flore
cer el alma del poeta. Pero en el lóbrego recinto de su in
terior, ahí donde ella hace germinar las plantas, también -
 es la más delicada y excitante imagen de la muerte. Es una
 reina de la que irradia un exuberante y perpetuo luto como
 si éste fuera la pureza misma, el signo profundo de la cas-
 tidad:

Te vas entrando al umbrío
 corazón, y en él imperas
 en una corte luctuosa
 con doliente señorío.

(La sangre... "Tus hombros son como
 una ara")

La muerte es, pues, una ofrenda del deseo. Y en la extensión sin bordes de la soledad del poeta, en el inculcable sentimiento de ambigüedad que por igual le producen el amor y la muerte, Fuensanta es el punto en que confluyen la fertilidad evangélica de la tierra y un erotismo fatal cuya energía la convierte en la eterna novia de ultratumba. Su voz, musical y terrible, es la simbiosis de la vida y la muerte:

Toda tú te deshaces sobre mí como una
escarcha, y el traslúcido meteoro prolóngase
fuera del tiempo; y suenan tus palabras remotas
dentro de mí, con esa intensidad quimérica
de un reloj descompuesto que da horas y horas
en una cámara destartada...

(La sangre... "En las tinieblas húmedas")

Luto y deseo son una sola respiración, un solo eco. Y aunque en los dos extremos el mundo se fuga, para López Velarde la preocupación esencial es mantener el diálogo, la voz de esa experiencia ambigua. La tensión de los contrarios se diluye entonces para ser la tensión de la palabra; de la expresión de esa experiencia que lo conduce alternativamente de la religión al erotismo y del erotismo a la religión⁽³⁵⁾. En ese viaje se descubre el sortilegio. Más allá del bien y del mal, la vida es hechicera, es pura sensualidad. Y sin ponerla en duda el poeta se topa con el enigma que encierra:

35. Cf. Villaurrutia op. cit. p.130. Véase también "Poema de vejez y de amor" en La sangre devota.

Si vas dentro de mí, como una inerme
 doncella por la zona devastada
 en que ruge el pecado, y si las fieras
 atónitas se echan cuando pasas;
 si has sido menos que una melodía
 suspirante, que flota sobre el ánimo,
 y más que una pía salutación;
 si de tu pecho asciende una fragancia
 de limón, cabalmente refrescante
 e inicialmente ácida;
 si mi voto es que vivas dentro de una
 virginidad perenne y aromática,
 vuélvese un hondo enigma
 lo que de ti persigue mi esperanza.

(La sangre... "¿Qué será lo que espero?")

Y es que la sensualidad irrumpe en el espíritu y en la carne con idéntica intensidad; crea contradicciones -- pero se halla siempre por encima de ellas o precisamente de ellas se alimenta y se hace irrefrenable, fiel sólo a sí misma. Así, la devoción se erotiza y la sangre se destila. En la fusión, ante la muerte de Fuensanta, se inaugura la nostalgia eterna, la permanencia en la memoria de una tierra siempre en primavera, pero al mismo tiempo se inicia la supervivencia, la rebeldía, la zozobra. En este contexto, hablar de lo que pudo ser y no fue es, también, palpar el destino que ahí emerge:

Y pensar que extraviamos
 la senda milagrosa
 en que se hubiera abierto
 nuestra ilusión, como perenne rosa...

Y pensar que pudimos
 enlazar nuestras manos
 y apurar en un beso
 la comunión de fértiles veranos...

(La sangre... "Y pensar que pudimos")

Se evoca aquello que no pudo ser. Se palpa entonces la desnudez en que ha quedado el mundo ante el sueño irrealizado. El hombre queda a la intemperie. La tierra, fuera del pueblo natal, es ahora la extensión misma de un inmutable exilio. La "senda milagrosa" se ha extraviado. Es la otra cara de la moneda, adherida sustancialmente a la anterior pero por fuerza de espaldas a ella, mirando en la dirección opuesta. Entre los muros de una casa vieja, en la humedad de un campo que florece y en la cristiana -- paz de una mujer fuerte, la serenidad se atesora. El pasado sirve ahora para palpar los bordes de la ruptura; de la huella que el tiempo, el deseo, tal vez la sola continuidad de la vida, han dejado en el rostro del presente, de aquel que voluntariamente dejó atrás el paraíso en un acto de fidelidad y de abandono para atender las otras voces de su espíritu. Así, inmerso en el recuerdo de los fresnos y álamos que rodeaban la Plaza de Armas del pueblo natal, el poeta reflexiona:

Mi primer soneto no miró venir el cortejo vívido de los goces materiales, ni mi primera lágrima vió dibujarse - en lontananza la comfortable silueta de Epicuro. ¿Qué pensarían álamos y fresnos si descubriesen en el rostro de su habitual visitante de aquella época, las huellas del placer?

(El minuterero "Fresnos y álamos")

El niño y el hombre están reunidos. Para el primero el placer es el pecado, la transgresión; para el segundo - es el destino, el frenesí de la vida en el abandono de la tierra donde a cada paso tropieza con la descarnada realidad de su contingencia. En este sentido, para ese hombre, el placer es la celebración de la vida ante la tenaz vecindad de la muerte. Uno no va sin lo otro y ambos, en algún punto, se reúnen y dibujan el rostro del desterrado que -- vive el amor, consciente de su legado: el dolor y la carne. Y dice:

... la dicha de amar es un galope
del corazón sin brida, por el desfiladero
de la muerte.

(Zozobra "Para el zenzontle impávido")

Y todo el peso del cuerpo se concentra en la planta de los pies. La tierra abre sus grietas y muestra su entraña de asfixia y podredumbre. El hombre batalla por mantenerse en pie y conforme avanza y pretende alcanzar mediante el amor la ilusión de permanencia, el crisol en el que hierve la pasión que lo mueve le recuerda su condición irremediable de mortal:

Mas mi labio que osa
decir palabras de inmortalidad,
se ha de pudrir en la húmeda
tiniebla de la fosa.

(La sangre... "Un lacónico grito")

En lo más alto y depurado de sus sentimientos el hombre es — o se descubre — un cadaver en potencia. El destino humano, cualquiera que sea la enramada de sus caminos, — es simple e inaceptable. Y si la redención es una esperanza que no se puede abandonar, de pronto, ahí donde se une la intensidad de la vida con la certeza de su futilidad, — aparece como un horizonte demasiado remoto y frágil. Por lo pronto el vuelo es imposible y cada vez que el poeta lo intenta la misma fuerza que lo impulsa lo traiciona y lo derriba:

 Mi corazón olvida
 que engendrará el gusano
 mayor, en una asfixia corrompida.

 Siempre que inicio un vuelo
 por encima de todo
 un demonio sarcástico maúlla
 y me devuelve al lodo.

 (Ibid)

El orden de la Creación se resquebraja. El milagro — de la vida se convierte en una pesadilla, en una esclavitud sobre la bestialidad de la tierra. Estamos parados sobre — una gigantesca tumba. Y esa condición de la vida es aún — más incomprensible y dolorosa cuando por el desfiladero de la muerte cae, con absurda gravedad, el cuerpo suave, promisorio y fulgurante de una mujer virgen que, como tal, lleva consigo la más dulce fruta del placer:

Tierra el sol, tierra el firmamento, tierra la luz...
 Así me duele el mal cuando despeña al corazón en enigmas tan sórdidos como el de la virgen sepultada, que lo que negó al amante más esclarecido de rostro, de voluntad y de pensamiento, concédelo a la última bestia, a la que no alcanza ni una sospecha de la luz.

(El minuterero "Lo soez")

Se trata del gusano que igual devora sacerdotes y vírgenes que hombres casados y filósofos. Al final el destino de todos es exactamente el mismo. Y aquí nace, en esa exactitud, una rama más en el intrincado follaje del drama lopezvelar--diano. Si la contingencia humana no tiene consuelo ni remedio, ¿para qué engendrar hijos? Para el cristiano la sola --pregunta es ya una herejía. Pero para el poeta es la confesión de su pesimismo surgido de la lúcida contemplación de la miseria humana sobre la tierra. El hombre, pero más crudamente la mujer puesto que ella es el único objeto de adoración, es nuevamente una imagen del bien y del mal. A semejante conclusión sólo llega mediante una exigente sinceridad consigo mismo y tal vez incluso como fruto doloroso cosechado en las delicias de la sensualidad. Hay, pues, en su decisión voluntaria de esterilidad, una compleja mezcla de dolor y orgullo; de humildad y osadía:

Somos reyes, porque con las tijeras previas - de la noble sinceridad podemos salvar de la - pesadilla terrestre a los millones de hombres que cuelgan de un beso. La ley de la vida --diaria parece ley de mendicidad y de asfixia; pero el albedrío de negar la vida es casi divino.

(El minuterero "Obra maestra")

Y más adelante:

Pero mi hijo negativo lleva tiempo de existir. Existe en la gloria trascendental de que ni -- sus hombros ni su frente se agobien con las pe sas del horror, de la santidad, de la belleza_ y del asco. Aunque es inferior a los vertebra dos, en cuanto que carece de la dignidad del - sufrimiento, vive dentro del mío como un ángel absoluto, prójimo de la especie humana. Hecho de rectitud, de angustia, de intransigencia, - de furor de gozar y de abnegación, el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra.

(Ibid)

¿Hay elogio más intenso de la vida que, como éste, la niegue? Difícil sería recorrer los caminos que unen la san tidad con el asco. Sin embargo, también sería difícil pre tender que no nos tocan...

Para López Velarde ésta es una verdad misteriosa. La muerte, enemiga invencible y aterradora, lo seduce. Y en - la pavorosa entrega que la imaginación hace posible, no sin riesgo de la cordura, no sin éxtasis; erguido sobre la tie- rra, el poeta toca uno de los extremos horizontes que se al zan en su vida:

... mi boca se instala en secreto
en la feminidad del esqueleto
con escrúpulo de diamantista.

(El son... "Treinta y tres")

Así, en la tierra, ya sea celestial o fúnebre; paradigma de la Creación o zona inmantada de la contingencia humana, López Velarde encuentra la sustancia que su imaginación requiere para mostrar la intimidad de su alma en movimiento. Y aunque en ambos aspectos de esa tierra - cree y a ambos se entrega, en ninguno permanece. De ese deambular de uno a otro nace su verdadera angustia, el sentido profundo de su zozobra.

la palabra: compromiso y salvación

Lo más horroroso es que la belleza no sólo es aterradora, sino también misteriosa. Dios y el Diablo luchan en ella y su campo de batalla es el corazón del hombre. Pero el corazón del hombre sólo de su dolor quiere hablar.

F. Dostoievski

El poeta habla en el umbral del ser

Gastón Bachelard

Una casa, una iglesia, un paisaje terrenal. Un mundo se construye con estas imágenes; son el espacio y la materia que dan resonancia y peso a la expresión del conflicto irresoluble que López Velarde vive. La casa de la infancia entre cuyos muros recupera el antiguo sosiego de su alma, - de pronto se erotiza y lo expulsa; la iglesia que lo recibe y lo consuela alberga una atmósfera que seduciéndolo también lo atrofia, y la tierra, sustancia de la divina fertilidad de la naturaleza, la provincia y el primer amor, se convierte en una gigantesca tumba que espera paciente la caída de los hombres; es la aridez del exilio permanente. La imaginación recorre sus dominios; el poeta busca la expresión de un mundo con obsesiva precisión y descubre, a un tiempo vencedor y vencido, que no hay en ese mundo seres ni cosas de una sola pieza: el universo entero sobre el que extiende su mirada es ambivalente y en su seno hay una ruptura entre cuyos bordes las fuerzas que lo componen entran en pugna, se mezclan y se fugan. Ésta es la condición evidente y sin embargo intolerable que imprime en el espíritu de López Velarde el sentimiento trágico de la vida; ese minuto crucial en que confluyen las fuerzas opuestas y a pesar de todo coexistentes que formándolo lo escinden, minuto luminoso y terrible que le revela la fórmula de su existencia: oscilación inexorable, deambular eterno entre las extremas fronteras - de su mundo, solo, en zozobra perpetua.

Y sin embargo, sobrevive. La palabra es la tortura - pero también el milagro. En la expresión de su ambigüedad López Velarde se sumerge completamente en la angustia que - implica, pero también la trasciende. Y es que ante la incontenible influencia que sobre él ejercen las dos fuerzas que componen su universo, en lugar de negarlas las rastrea con minuciosa sinceridad. Para el alma convulsa y enamorada de López Velarde ésta es la única alternativa a seguir - para no caer en la parálisis o la locura que acechan a toda

alma ambigua que se reconozca como tal. En la palabra y con la palabra se acerca a sí mismo y puede entonces recorrer to dos los senderos que en su espíritu unen la santidad con el asco; la belleza con el horror. Realidad y poesía son así - un mismo aliento, una misma fuente de sentido, un mismo anhelo:

Yo anhele expulsar de mí cualquier palabra, -- cualquier sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos. Y si me urge desterrar el más borroso vestigio de cosas extrañas a mis sus--tancias, es porque en mi alma convulsa hay una urgencia de danza religiosa y voluptuosa de un rito asiático. Y la danzante no abatirá sobre mis labios su desnudez ni su frenesí mientras me oiga mascullar una sílaba ociosa.

(Don de febrero "La derrota de la palabra")

Expresión de un drama, pero al fin expresión enamorada. La palabra es la vida y el compromiso con ella. La urgencia, en consecuencia insoslayable, consiste en acariciar la belleza y el horror de la existencia, la voluptuosidad y la devo--ción de cuyo misterioso enlace emerge el hechizo de la vida, su frenética sensualidad, su peso formidable. Y para López - Velarde lo que está en constante combustión en sus huesos, lo que no es ajeno a sus sustancias, es el valor de la pérdida - infancia en el vetusto caserón de los abuelos, las calles empedradas del pueblo natal, la parroquia austera, lúgubre e inquietante, el pardo perfil de las montañas a cuyo amparo vi--vía y moría aquella intocada e intocable mujer fuerte, la tierra fúnebre, en fin, el amor, la religión, la muerte. Entrar en esas imágenes es descubrir la intimidad de López Velarde y,

sólo desde ahí, atender a la más pura y destilada expresión de su dolor nacido de la trayectoria que sigue el péndulo - de su alma, campo de batalla de dos fuerzas ante las que no tiene defensa y que lo deslumbran por igual: la luz y las tinieblas. Por eso, en uno de sus poemas más importantes, -resumiendo con un solo trazo todo su universo, nos dice:

Mi única virtud es sentirme desollado
en el templo y la calle, en la alcoba y el prado

(Zozobra "Ánima adoratriz")

Ante el mundo como ante sí mismo el conflicto que lo atormenta no tiene solución. Pero, a estas alturas, ¿se trata de darle solución? No. Es evidente que para López Velarde eso es imposible, pues en rigor lograrlo significaría mutilarse y generar así su total destrucción. Se trata más bien, y por doloroso que resulte, de vivir el conflicto con sensualidad y lucidez idénticas: ésa es la virtud; el más claro de sus signos vitales ahí donde todo lo desuella, donde todo lo que ve y lo que toca lo conduce a la zozobra. Así, con sinceridad temeraria López Velarde describe (en -- realidad, acaricia) los más sutiles matices de su condición ambigua, y eso, que es lo que lo desgarrá, también es su tabla de salvación. Y es que lo que más importa no es ya la vivencia de la lucha entre el bien y el mal sino el conocimiento de sí mismo que de ella obtiene. Asimilar ese conocimiento, sobrevivir a la carga de su peso sin enloquecer o claudicar es el compromiso; es lo que confiere sentido a la vida y otorga identidad al poeta y para ello el único instrumento es la palabra. Y es con la palabra que desciende a lo profundo de su tristeza para descubrirla en una imagen tan sencilla y a la vez tan descarnada como ésta:

Mi corazón leal, se amerita en la sombra.
 Placer, amor, dolor... todo le es ultraje
 y estimula su cruel carrera logarítmica
 sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

(Zozobra "Mi corazón se amerita")

En el diálogo consigo mismo, lleno de sencillez e irremediable desconsuelo, el poeta descubre su intimidad secreta. Pero la evidente fatalidad del descubrimiento no dirime la lealtad. Lealtad a sí mismo; apego incondicional, diríase desmesurado, a todo aquello que lo forma, que provoca la combustión de sus huesos y que exige la expulsión de cualquier palabra o sílaba ociosa.

Y sin embargo, nunca es suficiente. El péndulo continúa su oscilación y en cada ciclo el poeta descubre nuevos matices, rasgos más sutiles en el caleidoscopio de su vida interior cuya expresión es urgente, y entonces nos vuelve a decir:

Mi sufrimiento es como un gravamen
 de rencor y mi dicha como cera
 que se derrite siempre en jubileos
 y hasta mi mismo amor es como un tóxico
 que en la raíz del corazón prospera.

(Zozobra "El minuto cobarde")

No hay máscaras, no hay ocultamiento ni tampoco excesos de retórica. No puede haberlos. De la sinceridad de la expresión, de su obsesiva precisión, depende la supervivencia del espíritu. Porque en realidad para López Velarde no -

sólo se trata de "confesar" el dolor sino de habitarlo, de convertirse en él y ocupar todo su espacio. Es la imperiosa necesidad de quien sabe que su vida consiste en ser el mal que lo consume. Ser dueño de la propia enfermedad, hacer de todos y cada uno de sus síntomas una fuente de conocimiento y un acto de sensualidad, he ahí el proyecto. Ser plena y libremente la ambigüedad; la pasión y la fe diluidas en la misma sangre y cundiendo, siempre ahí, siempre - en movimiento. He aquí una muestra más de ese anhelo:

encima
 de la huesa y del nido
 la lagrima salobre que he bebido
 - - - - -
 lágrima en cuya gloria se refracta
 el iris fiel de mi pasión exacta;
 lágrima en que navegan sin pendones
 los mástiles de las consternaciones;
 lágrima con que quiso
 mi gratitud salar el Paraíso;
 lágrima mía, en ti me encerraría,
 debajo de un deleite sepulcral,
 como una vigía
 en su salobre y mórbido fanal.

(Zozobra "La lágrima")

Sin embargo, semejante anhelo jamás se cumple cabalmente. La vida parece ir siempre un paso más adelante y prever con maligno acierto los esfuerzos del hombre por alcanzarla. A pesar del conocimiento que el poeta posee de sí mismo y de lo depurado de su expresión, hay algo que siempre falta, que le impide la certeza y la plenitud de ser lo que

es. En este sentido - y López Velarde lo sabe -, el encierro en esa lágrima "debajo de un deleite sepulcral" es inalcanzable, despiadadamente inalcanzable; y en ese hecho, que hace del hombre un ser inacabado, es decir, condenado a la búsqueda de sí mismo, media un enigma, un vacío. Y el enigma no toca el territorio de los hombres; es su horizonte, - su misteriosa fuente de movimiento espiritual. Pero la imaginación, otra vez - en los cuatro últimos versos del poema citado -, da cuenta incluso de aquello que se le escapa, de aquello que el hombre quiere ser y sabe que no puede. Ante esa imposibilidad que no anula la búsqueda emerge entonces una violenta y descarnada conciencia de la vida desde la -- cual el poeta, desesperado, eleva su voz valiente, vigorosa y sin embargo impotente. En franca confrontación con su -- propia alma, acaso en el límite de su resistencia, oímos -- que exclama:

¿En qué comulgatorio secreto hay que llorar?
 ¿Qué brújula se imanta de mi sino? ¿Qué par
 de trenzas destronadas se me ofrecen por hijas?
 ¿Qué lecho esquimal pide tibieza en su tramonto?
 Anima adoratriz: a la hora que elijas
 para ensalzar tus fieles granadas, estoy pronto.

Más será con el cálculo de una amena medida:
 que se acaben a un tiempo el arrobo y la vida
 y que del vino fausto no quedando en la mesa
 ni la hez de una hez, se derrumbe en la huesa
 el burlesco legado de una estéril pavesa.

(Zozobra "Anima adoratriz")

Se ha llegado al límite. Nada ni nadie responde a las preguntas que en evidente estado de emergencia hace el poeta. Sin embargo, el silencio es elocuente: es la violencia de la vida, la violencia de sentirse vivo y siempre inacabado, a punto de caer y todavía, ¡siempre!, en pie. El poeta habla con la seguridad de quien sabe que ya nada tiene que perder porque ya lo ha dado todo, o que, en su caso, está dispuesto a perderse a sí mismo como un último acto de fidelidad a - - aquello que lo condujo a este punto. Es el umbral y en él - la conciencia del mundo y de la propia vida es simultáneamente hermosa y terrible. Para un hombre que ha alcanzado semejante sabiduría la suave continuidad de la vida de la que -- aparentemente goza el resto de los mortales, aparece como un engaño pueril. Y no hay olvido, no hay camino de regreso, - no hay forma de ser, nuevamente, "la frente limpia y bárbara del niño"; pero tampoco nada borra o anula el resplandor de haberlo sido... En ese orden cada instante que transcurre - pone en juego todos y cada uno de los elementos que constituyen el universo del poeta y, por eso, la voz de ese instante es la voz de la asfixia, de la zozobra, y también su fruto - más puro:

Uno es mi fruto
vivir en el cogollo
de cada minuto

(Zozobra "Todo")

¿Y no es éste el fruto que cosecha todo hombre verdaderamente enamorado? Enamorado del Amor, de la vida misma y - de las imágenes que la visten y desnudan; enamorado del placer y del dolor que no puede dejar de experimentar en todo - lo que hace o toca y que le impone esa condición de emergencia en la que ha de vivir siempre amenazado por el inminente

naufragio de su espíritu. Y López Velarde no se detiene; busca beber hasta las heces el destilado licor que ofrece ese minuto tenso en que se le ha convertido la existencia; busca humedecer sus labios con los labios de la amada que agoniza cuando, en "Hormigas", le pide, casi le suplica:

Antes de que tus labios mueran, para mi luto,
dámelos en el crítico umbral del cementerio
como perfume y pan y tósigo y cauterio

(Zozobra "Hormigas")

Aquí y ahora. Se trata del beso más espiritual y más lúbrico; el beso que une a los amantes más rabiosos y más fieles, el bien y el mal, la vida y la muerte, en una enigmática solución que para López Velarde se condensa en la -- Mujer. En Ella encuentra a Dios; por Ella lo pierde; es la Creación divina y la irresistible seducción de la carne que es:

como brincó de los dedos divinos:
religiosa, frenética y descalza.

(Zozobra "Fábula dística")

La carne. En la mujer es el misterio de la Creación - pero también su abismo. Ante ella el poeta pierde pisada; - es ella, la Mujer-carne, lo que le ha dado a conocer el Paraíso y lo que lo expulsa de él condenándolo al destierro, al doloroso destierro de ser hombre sin saber ya dónde empieza el bien y dónde el mal. Por eso la mujer, una y todas a la vez, hermana, hija y madre; amante y amada, es todo⁽³⁶⁾, es

36. Cf. Fernández, Sergio "La ciudad del afecto" p. 147 a 149

el mundo y, un paso más allá, la cristalización del temperamento esencial del poeta: ese erotismo exacerbado, esa apabullante sensualidad con la que se entrega a la vida en un acto a la vez lúcido y delirante que, paradójicamente dada la ruptura que implica, condensa su ser, y dice:

Claroscuro de noche y de día;
 corazón y cabeza y hombría,
 los tres nudos que tiene mi ser
 a la buena y la mala mujer.

(El son... "En mi pecho feliz")

Así, la visión Lopezvelardiana del mundo, encuentra en la mujer su realidad y su imagen más completa. La provincia, el valor onírico de la casa y la iglesia del pueblo natal, la fertilidad de la tierra, su fúnebre amenaza, todo está tamizado por ese ser cuya presencia espiritual y carnal es tan contundente que hace del poeta un idólatra y un "enfermo de lo absoluto". Y, claro está, ella es inalcanzable; es "el misterio encarnado" que palpita en todas partes y se conserva siempre impenetrable. A lo largo de su obra, más que desentrañar el misterio, López Velarde buscará expresar su inquietante belleza. Quiere rodearlo con un abrazo cordial; quiere empaparse de él, no dilucidarlo sometiéndolo y sometiéndose a un detallado análisis que a la postre le resultaría estéril, acaso inhumano; porque lo humano en López Velarde, ahí donde puede palpase el drama de su existencia, es precisamente la devoción voluptuosa, calcinante, que le provoca ese misterio. No. Lo que desea con imperativa urgencia es habitar la convulsa gama de imágenes y sentimientos que le provoca la Mujer y que en él son su impulso vital, su presencia en el mundo, y su tan clara conciencia de

la muerte; aquello que lo arranca del mundo y lo deja solo, completamente solo. Y esa soledad, que tanto lo expone, le confiere su particularísima voz de hombre enamorado que no cesa nunca - no puede, no quiere - de cantar su angustia. - Es el canto, la poesía misma, lo que lo salva, lo que hace de su vida una pasión hermana gemela de su pasión amorosa - desde donde exclama:

La redondez de la Creación atrueno
cortejando a las hembras y a las cosas
con clamor pagano y nazareno

¡Oh, Psiquis, oh mi alma: suena a son
moderno, a son de selva, a son de orgía
y a son mariano, el son del corazón!

(El son... "El son del corazón")

¿Quién si no un enamorado enfermo de lo absoluto puede perturbar con su clamor ambiguo el orden de la Creación? -- ¿Quién sino sólo el poseedor de un corazón tan amplio, ambicioso y a la vez tan irritantemente concentrado en sí mismo, cuya pulsación es un estruendo y un íntimo susurro? La existencia, realidad e imagen, para López Velarde es finalmente un incesante cortejo del que sabe que no obtendrá nada que - en verdad colme su sed, interrumpa su zozobra o lo conduzca a esa plenitud del ser que como pocos hombres busca con denodada sinceridad. Pero no puede detenerse y la meta se convierte en el camino a lo largo del cual a nada se niega, ni siquiera a la severa conciencia de saberse

... colgado en la infinita
agilidad del éter, como
de un hilo escuálido de seda.

(Zozobra "La última odalisca")

o bien, de ser

... un harem y un hospital
colgados juntos de un ensueño.

(Ibid)

Permanecer, y además llenar con la palabra esa permanencia constantemente en vilo en el mundo y en sí mismo, a pesar del dolor que le impone, es su acto de sensualidad más elevado y más puro, su metafísica, su fe, que es, desde el principio y siempre, su fe en sí mismo, y dice:

Si digo carne o espíritu
paréceme que el diablo
se ríe del vocablo;
más nunca vaciló
mi fe si dije "yo"

(Zozobra "Todo")

Él, que vivió entre demonios sarcásticos y ángeles misteriosamente sexuados sin ocultarse a ninguno de ellos, capaz de la ironía y de la severidad ante sí mismo, es, al final, el hijo de su propio corazón; corazón en cuyo borde carnal y rojo - empieza la vasta zona del silencio humano, ahí hacia donde - - tienden la palabra y la imagen y donde todo hombre es santo, y la soledad, la amplia soledad del universo, se conmueve con el eco de sus pasos una noche cualquiera al cruzar, acaso por - - azar, la palpitante quietud de un cementerio que le devuelve - en resonancia el enigma del destino humano:

Oigo el eco de mis pasos con la resonancia
de los de un trasnochador que camina por un cementerio...

(El minuterero "Fresnos y álamos")

bibliografía

INDIRECTA

- ALATORRE, Antonio. "Crítica literaria tradicional y crítica neo-académica" en Revista de la Universidad de México, v. XXXVII, No.8, diciembre de 1981.
- BACHELARD, Gastón. El agua y los sueños, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, 327 pp., (Breviarios, 279)
- _____. El aire y los sueños, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, 327 pp., (Breviarios, 139)
- _____. La poética de la ensoñación, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 321 pp., (Breviarios, 330)
- _____. La poética del espacio, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 281 pp., (Breviarios, 183)
- _____. La terre et les reveries du repos, París, Librairie Jose Cortí, 1965, 337 pp.
- BEGUIN, Albert. El alma romántica y el sueño, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 500 pp., (Sección de Lengua y Estudios Literarios)
- BLANCHOT, Maurice. El diálogo inconcluso, Caracas, Monte Avila, 1970, 664 pp.
- _____. El espacio literario, Buenos Aires, Editorial - - Paidós, 1969, 264 pp.
- _____. Falsos pasos, España, Pre-Textos, 1977, 334 pp.
- CUESTA, JORGE. "La provincia de López Velarde" en Jorge Cuesta -- Poemas y Ensayos II. Ensayos I. México, UNAM, 1978, pp. 246-250, (Colección Poemas y Ensayos)

- ELIADE, Mircea. Lo sagrado y lo profano, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1967, 185 pp., (Colección Universitaria de Bolsillo, Punto Omega 2)
- FERNANDEZ, Sergio. "La ciudad del afecto" en Sergio Fernández, Homenajes, México, Sep-Setentas, pp. 128-173.
- PAZ, Octavio. "El camino de la pasión" en Octavio Paz, Cuadrivio, - México, Joaquín Mortiz, 1980, pp. 67-130, (Serie del Volador)
- PONTY, Merleau. "La ciencia y la experiencia de la expresión" en - - Merleau Ponty, La prosa del mundo, Madrid, Taurus, 1971, pp.33-81, (Serie Ensayistas de Hoy)
- VILLAURRUTIA, Xavier. "El león y la virgen", en Xavier Villaurrutia, Antología, prólogo y selección de Octavio Paz, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 125-140, (Serie Letras Mexicanas)
- DIRECTA
- LOPEZ VELARDE, Ramón. Poesías completas y El Minutero, México, Editorial Porrúa, 1977, 374 pp.
-
- _____. Obras, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 877 pp. (Biblioteca Americana, Serie de Literatura Moderna)